

Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 38 - Septiembre de 2012 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



4

Carta desde mi biblioteca



6

El canción del estilista



8

Amor y erotismo



10

Máscara contra cabellera



12

El loco de la botella



16

No sembramos pa' semilla



24

Fotógrafo de prepagos



UNIVERSO CENTRO
Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora

– Juan Carlos Orrego

– Guillermo Cardona

– María Isabel Naranjo

– Alfonso Buitrago

– Ana Lucía Cárdenas

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

COORDINACIÓN COMERCIAL

– Ana María Duque

DISTRIBUCIÓN

– Érika, Sebastián y Gustavo

CORRECCIÓN

– Paca y equipo UC

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

Es una publicación de la Corporación Universo Centro

Número 38 - Septiembre 2012

16.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

Conjugar retractor.

(Del lat. *retractāre*).

1. tr. Revocar expresamente lo que se ha dicho, desdecirse de ello. U. t. c. prnl.

2. tr. *Der.* Ejercitar el derecho de retracto.



Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo del Ministerio de Cultura de Colombia, Plan Nacional de Lectura y Escritura - Leer es mi cuento, a través de la Convocatoria 2012.



Ministerio de Cultura
República de Colombia

Prosperidad para todos





Algo huele mal

por JUAN VÁSQUEZ

Fotografía: Juan Fernando Ospina

En la ciudad de donde vengo, Medellín, decir chichí, popó, mierda, decir que uno está literalmente cagado, en voz alta, causa un escozor que recorre la columna vertebral de quien escucha. Por eso me dio tanta dificultad hacer popó en baños distintos a los de mi casa. La misma razón por la que una amiga viajaba desde la universidad hasta la suya cada vez que tenía ganas de cagar, pagando taxi de ida y regreso, como si no tener plata para comer en la cafetería no fuera ya un problema suficiente.

Crecí con gente que confunde el asco a la mierda con lo inmoral y hasta les escuché decir que si no quería ir a una reunión o a una fiestilla incómoda, dijera que tenía diarrea para evitar toda suerte de indagaciones. Crecí con un montón de gente a la que el dengue se le presenta en forma de vómito, fiebre, desaliento pero nunca diarrea. Es más, gente para la que hacer popó blandito no es uno de los síntomas de tener diarrea.

Por eso, en esta cultura que no nos deja cagar tranquilos, las visitas a los baños públicos son siempre seguidas por preguntas sobre un defecador fantasma: el aire denso, el papel sucio, el

señor que suda mientras se lava las manos... pero nadie, nadie es responsable por lo que ocurrió en el sanitario. Poco a poco he empezado a hablar de este tema con soltura y, para mi sorpresa, mientras más hablo, más ganas me dan de ir cagando por ahí, sin muchos problemas, en casas ajenas, en bares, en restaurantes.

Desafortunadamente, el lastre cultural del yo-no-cago-nunca no me lo pude quitar antes de llegar a Buenos Aires, y la primera vez que vi unos pies con unos pantalones caídos bajo la puerta del baño público, me sorprendí. De ese baño, mientras me lavaba las manos, salió un señor sonriente, descansado, livianito, como sale uno del baño. Me miró y me deseó un buen día, yo le agradecí con toda la amabilidad del caso y con el paisa que llevo dentro tratando de no respirar muy profundo, pensé: ¡Vio! Uno no deja de ser lo que es aunque crea y asegure que sí. Es que esta gente por acá es muy cosmopolita, tanto como para sonarse los mocos en público, por ahí, en cualquier restaurante, frente a cualquier persona; no como yo que todavía huelo a bandera paísa y calladito tengo aspirar lo que

se me chorrea de la nariz, de a poquitos, para no incomodar a nadie que no sea yo mismo, o correr hasta un baño con la esperanza de que esté vacío para limpiarme.

Después de caminar por muchos sitios en los que la constante era un baño con dos pies bajo la puerta y los pantalones en el piso, mi montañero interno, el que dice que va a mear o a lavarse las manos cuando va a cagar, recibió un golpe contundente al visitar un sitio que se llama *El Boliche de Roberto* —clásico bar tanguero que otrora fuera enchapado en oro y que ahora está en ruinas—: en ese bar hay una puerta detrás de la barra que conduce al baño de los hombres; al abrirse muestra un orinal putrefacto y un cagadero separado por una pared sin nada que dé privacidad. Vi el baño cuando tuve ganas de ir a mear, de verdad a mear, y al abrir la puerta vi a alguien sentado que con acento porteño me dijo: “che, disculpá, pero ej que tenía una cagadita y ejte baño no tenía puerta, vijte”. Yo le respondí que estuviera tranquilo y el hombre, que no logró descubrir mi incomodidad montañera disfrazada de frescura citadina, entabló conversación, ahí

sentado en la taza: que mi tonada, que el Pibe Valderrama, que las plashas de Colombia, que qué linda Medeshín. Finalmente yo escurrí lo mío sin darle la cara, me dispuse a lavar mis manos y fue antes de salir corriendo que alcancé a escuchar, en el mismo acento porteño: “che, disculpá que te dé el culito para limpiarme pero ej...”.

Yo de verdad no sé si aquí en Buenos Aires cagar con la puerta abierta sea una costumbre muy arraigada, como la pasión por el fútbol, tomar vino o mate. Tampoco sé de ninguna costumbre que combine todas las anteriores, pero me alegra saber que hay una tierra en la que la gente no se avergüenza de ser un animalito que caga —todavía me acuerdo de la recomendación estúpida de un autor estúpido que dice que para desenamorar solo hay que imaginarse al amor de la vida cagando—. No llegaré al extremo de andar mostrando el culito en bares ni baños extraños, pero prometo que cada vez que salga de un baño lo haré sonriente, orgulloso, y miraré a los ojos a quien quiera que esté allí para desearle un buen día y así, poco a poco, iré dejando este mundo de vergüenzas ajenas. UC

Carta desde mi biblioteca

Hace tres o cuatro años, andando a la casualidad por entre las calles del Nororiente de Medellín, acerté a descubrir un lozano jardincillo al otro lado de una reja, justo entre los dos cuerpos del antiguo hospital Concejo de Medellín. La belleza –y si no, el enigma– de ese retazo me llevó a pensar, de inmediato, en las *Cartas desde mi celda* de Gustavo Adolfo Bécquer, y tanto me arrobé con la evocación que habría olvidado el propósito que me había lanzado por ese rincón de Campo Valdés si lo hubiera tenido. Lo cierto fue que me distraje por un rato largo.

El pequeño vergel tendría poco menos de veinte metros cuadrados, casi en su totalidad cubiertos de yerba menuda y de una plantita rastrera y delicada con flores amarillas, sabe Dios si dicotiledónea, y que con tanta gracia cobija buena parte de los antejardines sembrados entre Manrique y Aranjuez. El tendido vegetal era interrumpido por un caminito estrecho que cule-

breaba entre la masa móvil de las herbáceas; por un árbol añoso y tranquilo de hojas oscuras cuyo nombre desconozco, y por modestas matas de maleza que embellecían el conjunto con sus hojitas dentadas y sus flores minúsculas como puntos de calor en un lienzo impresionista. Contra el muro de cemento sin pintar y la reja baja que cerraban el jardincillo por los costados occidental y norte, respectivamente, un seto de besitos y orejas de burro prometía ser el feliz escondite de grillos y lagartijas, así como de las ranas que alcanzaran a colonizarlo durante la época de lluvias. Frente al muro en revoque se alzaba una pared blanca, con puerta del mismo color, que comunicaba con el bloque oriental del hospital; una combinación que –por la impresión de pulcritud excesiva que daba– era, junto con unas huellas de llanta que creí descubrir en esa misma parte del gramado, la única nota chocante en aquel cuadro.

Estuve un rato agarrado a los barrotes de la reja, siguiendo, alelado, los

lentos movimientos que un viento tranquilo imprimía en tallos, hojas y florecillas. Para sentirme más a gusto –o mejor, para consagrar debidamente la epifanía botánica– quise recordar algún pasaje de la “Carta tercera”, en que Bécquer describe la mullida decadencia de un pequeño cementerio olvidado entre mil plantas delicadas. Sin embargo, mi memoria apenas pudo recobrar las líneas más célebres de su colección de rimas –“¿Qué es poesía?, dices mientras clavas / en mi pupila tu pupila azul...”; “Hoy la tierra y los cielos me sonríen...”; así como el ritornelo de la rima LXXIII que surgía en mi cabeza únicamente por su cercanía con el tema de la dichosa carta: “¡Dios mío, qué solos / se quedan los muertos!”.

Tuve que estar de regreso en casa para poder recuperar la imagen que quería. Leí con alguna solemnidad, a media voz, parado en todo el centro de mi biblioteca: “Cuatro lienzos de tapia humilde, compuestos de arena amasada con piedrecillas de colores, ladri-



llos rojos y algunos sillares cubiertos de musgo en los ángulos, cercan un pedazo de tierra, en el cual la poderosa vegetación de este país, abandonada a sí misma, despliega sus silvestres galas con un lujo y una hermosura imponderables”. Esa era la descripción que se ajustaba a mi experiencia: un cuadrado de vegetación, modesto y gracioso, entregado a su libre albedrío. Sin embargo, algo inapelable arruinaba la magnificencia de esos versículos: apenas podía invocarlos entre paredes forradas de libros, a muchas cuerdas del lugar que había suscitado su recuerdo; como si, ante una pregunta capciosa, solo pudiera formular una respuesta inteligente a destiempo, ante mí mismo y sin quién se impresionara al escucharla. Me prometí volver en los días siguientes y leer el párrafo junto a las plantas, a riesgo de parecer un predicador lunático ante una asamblea de fantasmas o, en el mejor de los casos, de himenópteros.

Contra mi propósito, pasé muchas semanas sin acercarme siquiera a la calle en que se alarga el hospital, sumido en un frenético ir y venir de lecturas y tareas de escritura, absorbente hasta los albores de la demencia (“quien lo probó lo sabe”, como diría Lope de

Vega); quizá ocurría que, concentrado en desentrañar historias de indios latinoamericanos o en preparar un opúsculo sobre una novela de fútbol, intuía que no me convenía distraer mi sensibilidad con nostalgias de romanticismo español; con frescos de espigas y margaritas que, era obvio, no habrían logrado algo distinto de importunar con su tentación el ambiente austero de mis tareas inaplazables.

Un día, mientras me descolgaba con mis hijos hacia la Iglesia del Calvario –ellos, apenas prendidos de mis dedos, asumían todos los riesgos con tal de alcanzar la procesión del Domingo de Ramos–, pasé otra vez ante el jardincillo. Embebido en la urgencia de mi pastoreo paternal, me sorprendió verlo frente a mí, inopinadamente, como salido de la nada. Me recorrió un leve escalofrío de sorpresa y júbilo, pero casi inmediatamente mi sensación se trocó en disgusto y, no mucho después, en pena opresiva. Poco importó que se tratara de una radiosa mañana de abril: sobre las yerbas y el maní del costado de la pared blanca había sido parqueado un furgón del mismo color; un vehículo bronco, deslucido tanto por su acabado sin ornamentos como por el tufi-

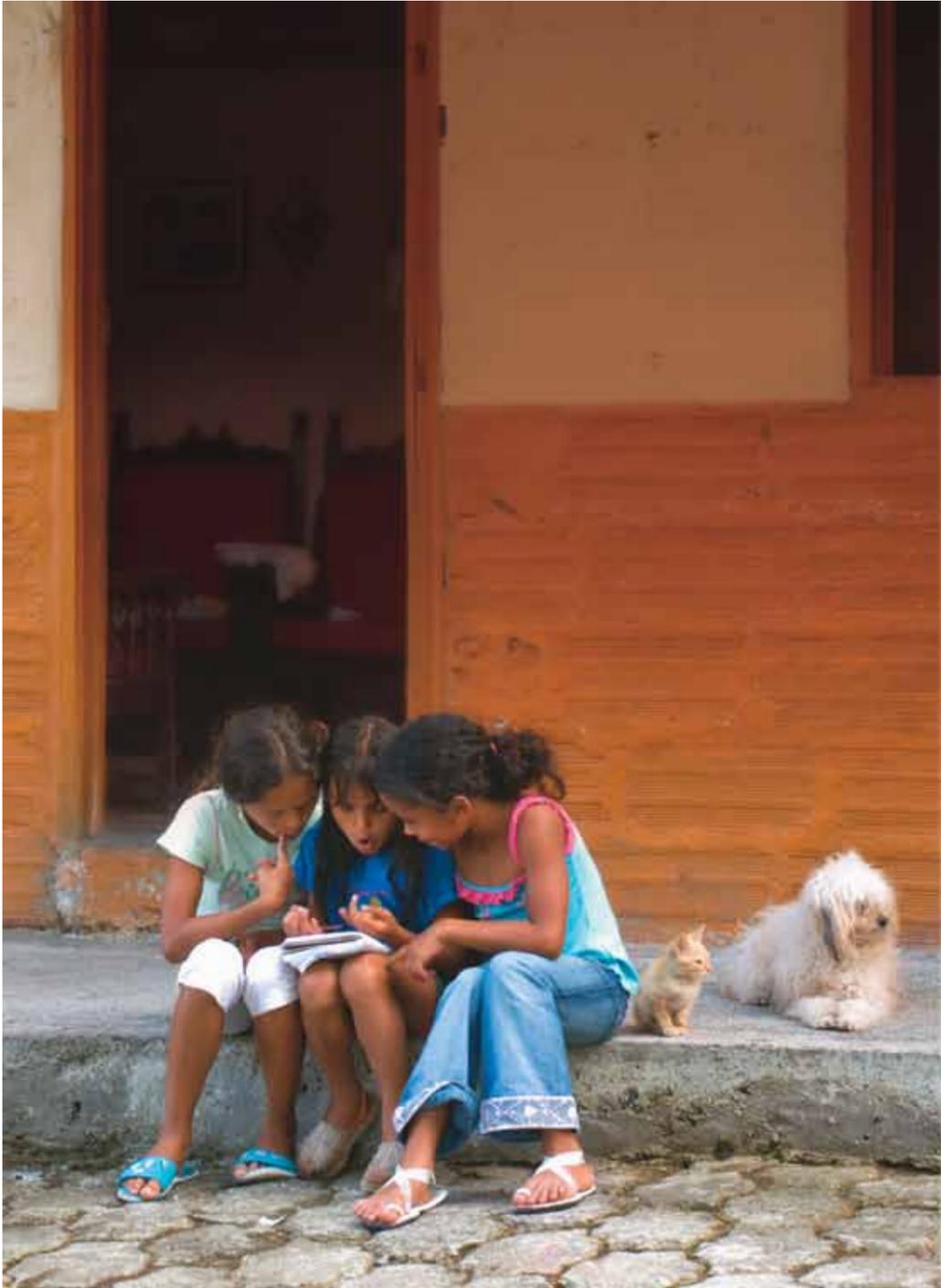
llo a civilización que emana de él y todos los de su especie cada vez que les da por colarse en la entraña de lo bucólico. Ese disgusto ya era demasiado, pero lo peor vino enseguida. Cuando mis hijos y yo nos aprestábamos a reanudar la marcha, vi que la puerta se abría, y algunos segundos después vi aparecer la espalda con bata blanca de un hombre gordo que caminaba hacia atrás, con todos los aspavientos de estar sosteniendo, en vilo, una camilla. Casi inmediatamente supe –si lo adiviné o me quedé para verlo, poco importa– lo que había: al jardín iba a dar la salida de la morgue, particularmente atestada de muerte al término de otra semana en este valle turbulento.

Días después, cuando sentí apagadas las emociones equívocas que me había dejado el siniestro descubrimiento, volví sobre la antología de Bécquer. Pero ya no busqué las *Cartas desde mi celda*, pues creí obligatorio –como si se tratara de proferir un conjuro contra el mal– recitar las líneas de la mustia rima LXXIII: “Despertaba el día / y a su albor primero, / con sus mil ruidos / despertaba el pueblo. / Ante aquel contraste / de vida y misterio / de luz y tinieblas / medité un momento: / ¡Dios mío, qué solos / se quedan los muertos!”.

por

JUAN CARLOS ORREGO

Ilustración: Verónica Velásquez



El Cooperativismo
 mantiene la característica de ser,
 a la vez, altamente idealista
 y extremadamente práctico.
 Es al mismo tiempo Marta y María,
 Don Quijote y Sancho Panza.
 Persigue al Pájaro Azul,
 pero, en vez de buscarlo
 en la Isla de la Felicidad,
 intenta capturarlo en una tienda.
 Tiene el propósito de reformar el mundo,
 pero comienza por limpiar
 la entrada de su casa.
 Sigue a las estrellas,
 pero camina con los pies en la tierra.
 Charles Gide

Porque el futuro es confiar



www.confiar.coop

Page

BALLET NACIONAL DE RUSIA

VIERNES 19 Y SÁBADO 20 DE OCTUBRE DE 2012
TEATRO PABLO TOBÓN URIBE # 8:00 P.M.
INFORMES: 239 75 00
CLASE MAESTRA GRATUITA # JUEVES 18 # 7:00 P.M.



El cancán del estilista



por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Fotografía: Juan Fernando Ospina

pareciera que la larga cercanía con los humanos ha hecho de los perros unas criaturas neuróticas e incomprensibles. Mientras los perros campesinos andan sueltos, olisqueando marranos o persiguiendo abejorros, los de la urbe son recelosos, sospechan hasta de un hueso de juguete, laten por todo y la luna llena ni les va ni les viene.

Muchos amos desesperados acuden a las terapias caninas de los etólogos, que tienen sus agendas copadas, escriben en blogs y cobran tarifas que compiten con las de cualquier ortodoncista. Pero hay otra clase de dueños de mascotas que confían más en el alivio y la plenitud que deja el quitarse una mata de pelo, sobre todo si el que lo hace es Óscar McEwen, un estilista canino tan reconocido en Medellín que nunca ha tenido que gastar plata en pautas ni avisos. De boca en boca su fama le precede y ha sostenido, por más de dos décadas, una clientela que hoy envidian hasta los otros peluqueros. El estilo es el hombre, decía Buffon hablando de escritores; ¿por qué no extenderlo también al estilista canino?

El apellido escocés de su abuelo, pronunciado a la ligera, Maquiú, se convirtió hace tiempo en un apelativo que usan todos sus amigos, aunque podría ser el nombre de cualquiera de las finas mascotas que atiende todos los días. En su oficio, Maquiú tiene la nobleza de un San Bernardo, la agilidad de un Pincher, la rapidez de un Galgo y la agudeza de un Terrier. Sin embargo, después de hacer su trabajo a Maquiú le gusta salir a la calle y encontrarse con otros ejemplares, tener vida social, como cualquier perro callejero, de esos que no se andan con traumas ni complejos.

—Ya tengo al Tony listo, estaba muy enredado y siempre me demoré un poquito— dice Óscar por teléfono a su clienta.

Lleva su traje de campaña: un delantal amarillo de hule antipelos, gorra de dril, tapabocas y zapatos de caucho, como los que usan los cirujanos. Su instrumental para el corte depende de la raza: a veces usa máquina eléctrica de esquila humana, y en otros casos, como con Tony, que traía unos nudos de rasta, tiene que emplear tijeras y cortar en la misma trayectoria que tenga la

crencha, jamás a contrapelo para no estropear el pelaje.

Maquiú labora a domicilio, a veces debe trasladarse hasta fincas fuera de la ciudad, en Llanogrande y en el Oriente cercano. Pero tiene diversos clientes que prefieren llevarle su perro o mandarlo con el chofer, y después pasar a recogerlo. En su casa en el barrio Santa Mónica, donde vive el estilista con su madre, ha instalado un spa canino. Todo el hogar está a disposición de las mascotas, que se pasean como perro por su casa. Mientras Óscar acicala a Tony, Lola, una Westie veterana, espera su turno haciendo la siesta en la cama de Maquiú.

—No tenemos que comprar mascotas— dice doña Paulina, la madre—, con las de los otros ya tenemos.

El estilista les da galletas y los contempla como si fueran sus sobrinos. Los amos saben esto y consienten en dejarlos varios días, mientras se van de viaje. El reencuentro de amo y perro en la puerta de la casa es a menudo apoteósico. Los perros grandes se tiran de palomita contra el pecho del dueño y lo hacen tambalear.

El timbre anuncia que han llegado por Tony, un Schnauzer gris que con doce años ya ronda la tercera edad de perro. Salta agitado a los brazos de su ama y luego de darle dos lambetazos se cuela apurado dentro del carro, justo encima de la palanca de cambios. Maquiú le confiesa a la dueña que alcanzó a pellizcar a Tony con la máquina, pero que le puso desinfectante.

—Tiene todos esos años, pero no los aparenta, ¿cierto?— pregunta el ama.

De pronto hace una fugaz mueca de desazón, como si le pasara por la cabeza la imagen de una despedida. La gente no quiere decirle adiós a su perro, nunca, ni siquiera a un Chow Chow.

Al hablar de muertes y años nadie se pone de acuerdo sobre la equivalencia entre la edad de un galgo y la de un humano. Algunos manuales dicen que hay que multiplicar por siete el número de años del can, Maquiú dice que es por cuatro, y hay quien alega que es según el peso o la raza. Al fin de cuentas, tanto perros como amos terminan mal librados.

Maquiú recibe su paga, cierra la puerta y vuelve para despertar a Lola. Ella es una West Highland White Terrier, una perra cuyo pedigrí se remonta hasta la Escocia de los duques Campbell, famosos cazadores de conejos del siglo XIX. Desgreñada y sin bañar, su blanco original es ahora un gris amarillento y sus greñas llevan prendidos algunos abrojos de jardín.

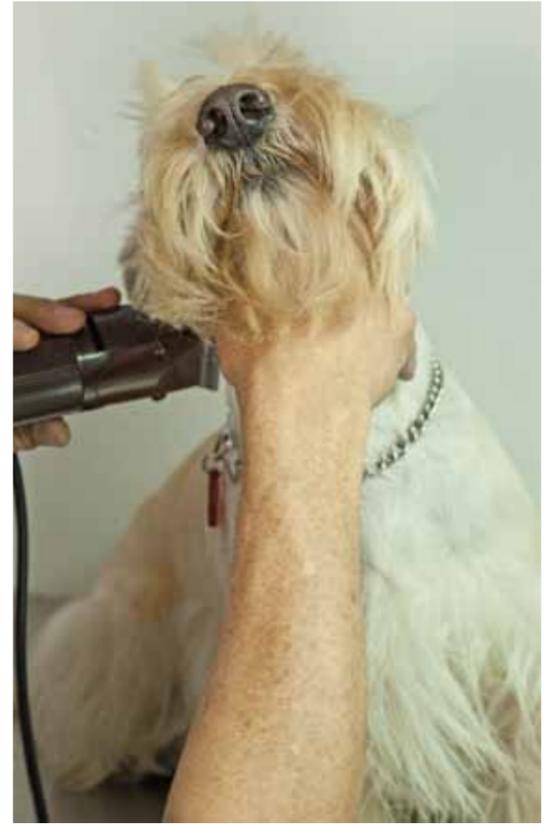
Su pelo es tan delicado, dice el estilista, que a veces se remueven a mano las mechuras, una por una, sin acudir a máquinas ni tijeras; es un tratamiento largo y costoso que no cualquier amo está dispuesto a pagar, pese al cariño verdadero que le tenga a su animal.

Maquiú trepa a Lola al lavadero de ropas, verifica el calor del agua y la somete a un baño concienzudo, con el mismo jabón de coco con que se lava la ropa interior fina y un champú tan suave como el de los bebés. Lola enjabonada luce plácida y con la mirada más ensoñadora. Ya antes, Óscar le ha limpiado las orejas y le ha tapado los oídos con algodón para evitar que les entre agua y los infecte; se trata de una raza muy propensa a la otitis.

Mantener a Lola inmaculada requiere también la limpieza de los lagrimales, la barriga y el hocico con trapos húmedos. Lola tiene las patas cortas y se empapa cuando hace pipí, luego hay que cuidar que su blancura no se torne amarillito pis.

Al cabo de los años, Maquiú conoce por igual la intimidad de canes y cristianos. Mientras baña a Lola le oprime las glándulas perineales para evitar que se inflamen. De inmediato las feromonas salen a chorros con ese olor nada agradable que les sirve para demarcar el territorio. A veces los cojines de los carros quedan impregnados, y los dueños ignoran que se trata de una reacción instintiva.

Los clientes confían tanto en Óscar que, bajo el pretexto de motilar al perro, terminan contándole sus cuitas. Una



mujer puede desmentir lo que dicen los periódicos: ¡Cuál accidente! ¡Si fue Jorge el que me disparó a quemarropa! Odios, infamias, mentiras piadosas e impías. Mientras las tijeras de Maquiú esculpen la forma de los perros, él escucha enredos de familia, más difíciles de deshacer que los nudos de pelo, que solo requieren el sencillez chasquido de la tijera.

“Cuando se mueren los animales yo sigo yendo a las casas de los amos, les ayudo a hacer el duelo, soy uno más de la familia. Hace un tiempo se me murió uno aquí en la casa. Era un Schnauzer gigante, blanco y negro, de Gilberto Restrepo. El chofer que lo trajo me dijo: este perro está desahuciado del corazón. Pero quién iba a pensar que se iba a morir ese mismo día. Ya lo había arreglado cuando le dio el infarto. Le miré los ojos y sentí que se le estaba yendo la vida, me lo llevé para urgencias veterinarias, pero no hubo nada que hacer. Me entró entonces ese miedo de dar la noticia. La esposa contestó con frialdad: ‘dale tranquilo; siquiera se te murió a vos y no a Gilberto, que no habría aguantado’”. Maquiú remata con una frase de obituario: “era el perro más querido”.

Cada detalle de salón de belleza se cobra por separado, así que las cuentas resultan más que excéntricas, pero sus buenos oficios son valorados de sobra por caninos y humanos. El estilista se ha convertido en un hombre de confianza al que le dejan incluso la llave del apartamento en portería.

Hasta a los ejemplares más remisos los motila sin inmovilizarlos con camisas de fuerza o sedantes. Solo emplea bozales de fibra natural, y asegura, entre otras cosas, que a nada le teme más un perro que a una escoba. Conoce el carácter de cada animal, que, según cuenta, se parece mucho al de su dueño. Al final logra, después de que pasan por sus manos, que los amos los vean y digan: ¡Guau!

La casa de Maquiú tiene pinturas por todas partes. No solo porque estudió Artes Plásticas en la Universidad Nacional, sino porque muchos de sus profesores al igual que otros artistas de la ciudad son sus clientes desde hace tiempo. Perros de todas las pelambres han pasado por la tijera del estilista. Recuerda los días en que un jeep verde lo recogía para llevarlo a una guarnición militar a motilar el perro de un general. Luego, mascota y general se fueron a vivir a Siberia. También se acuerda del perro de Juan Piña, el cantante, y del de la familia de Pilar Mejía, la corredora de autos. Conserva como legado varias pinturas de la artista Ethel Gilmour a quien le gustaba

pintar a sus French Poodle; uno de ellos, Pierre, el más longevo, alcanzó la respetable edad de diecinueve años.

Maquiú hace cortes rápidos cerca de los ojos de Lola. Debe quitarle los pelos que le impiden ver bien. Ella reacciona al instante a la cercanía de las tijeras y cierra sus párpados. Luego le hace un corte tan elegante que no se nota. Lola luce con menos pelo, pero deliberadamente desgreñada. En eso consiste la elegancia de su estirpe.

A veces debe hacer cortes especiales, de acuerdo a las características de las razas. Los French Poodle, por ejemplo, necesitan que les hagan borlas en las articulaciones para protegerlas de la artritis, no por una extravagancia de los dueños. La moda capilar de los perros no es tan variable como la de los humanos, sino más conservadora, aunque en los ochenta, cuenta Maquiú, esa “gente con negocios calientes” mandaba que les hicieran crestas a los Schnauzer, o a motilar a sus Chow Chow como leones, con melenas redondeadas y una bola de pelo en la punta de las colas.

El estilista también trae a cuento los colores fuertes con los que el Circo Egred tinturaba a sus Poodle. Cuando los perritos salían a la pista los colores primarios de sus motas de pelo se mezclaban con los de los potentes reflectores, de modo que uno podía ver perros de colores fantásticos: magenta, verdes y rosados. Muchos de esos perros, a los que él motilaba para las funciones, sufrían de un trauma conocido como displasia o rótula de circo, debido a que en los números los obligaban a estar de pie casi todo el tiempo.

Y es que hay amos que no aman a sus perros. A Óscar le ha tocado ver a algunos cambiar de perro como de carro. Si el Dálmata pasó de moda pretenden que, después de año y medio, se lo reciban como parte de pago por un Boston Terrier, que ahora anda de lo más chic. Amos desnaturalizados que confunden criadero con concesionario, ¡ojalá se encontraran algún día con Fernando Vallejo!

Lola es una criatura equilibrada, tal vez del signo libra. Las hábiles tijeras de Maquiú son capaces de cortar con una precisión asombrosa la melena enmarañada y hacer aparecer, como por arte de magia, las orejas refundidas o la cola con forma de zanahoria. Pero la faena se complica en el momento que le tiene que cortar las uñas. La perra lanza un quejido lastimero, se retuerce, está reacia al pedicure. Él intenta convencerla con palabras, le anuncia que su ama vendrá pronto, pero ella se hace la sorda. Esto es lo más difícil, dice

Maquiú, muchos perros tienen que ser dopados para el pedicure.

A veces, cuando hay varios perros en turno, el estilista debe mantener su calma y la de las chandas. Una vez, en medio del ajeteo, uno de los perros escapó. Óscar salió a preguntar por él en el vecindario, de puerta en puerta, hasta que logró rescatarlo de un patio en el barrio San Javier. Esa fue para él la tarde de perros de su carrera.

El estilista termina de redondearle la cabeza a Lola y le aplica un rocío de perfume canino. Entonces, la apacible Lola comienza a dar vueltas impacientes por la sala de la casa, como una no-

via, de punta en blanco, a la espera de que su novio la recoja.

A los canes les sienta bien el corte. Después del baño y la esquilada, se les nota en el semblante. A los amos también, aunque algunos los revisan con minucia y no perdonan, si lo advierten, el menor trasquilón. Muchas razas oriundas de los países nórdicos, cuyos antepasados habitaron en castillos, no soportan estar peludos en el trópico. No solo les estorba sino que los vuelve irascibles. Aquí la única terapia que da frutos es una motilada. Los perros pueden salir felices a bailar, gracias al arte de Maquiú, el más atrevido cancan. UC



Frailejones

ABRIGOS DE LA VIDA PARAMUNA

Los protagonistas de la moneda de cien, son el hogar de miles de seres que habitan entre sus hojas afelpadas y sus flores diminutas llamadas "capítulos".

INVITADO:
Santiago Díaz
Científico, historiador y botánico. Fue presidente de la Academia Colombiana de Historia, docente y decano de la Facultad de Ciencias y director del Instituto de Ciencias Naturales de la U. Nacional en Bogotá.

Jueves 4 de septiembre 6:30 pm
Parque Explora
Entrada libre

Amor y erotismo



en el cine colombiano

Un intento de sonrisa que termina en mueca

por OSWALDO OSORIO

Fotogramas de *La mansión de Araucaima*

Mientras una mujer se cepilla los dientes y se aplica crema en la cara frente al espejo, desde atrás la penetra un hombre. La rutina mañanera de la mujer y el diálogo entre ambos sobre temas domésticos, además de hacer del acto sexual un mero trámite mañanero, lo convierte en una acción casi grotesca. Esta descripción corresponde a la escena inicial de *La gente de La Universal* (Felipe Aljure, 1993), la primera película que da cuenta, de manera concreta, de un cambio de actitud del cine colombiano en la representación del amor y el erotismo, un cambio del que si bien ya se habían visto indicios en la década anterior, es a partir de este momento cuando, en la cinematografía nacional, se tuerce la senda para estos dos temas capitales del cine y el arte en general.

Al comienzo todo era inocente e idílico. Nuestro cine silente, realizado en la década del veinte, estaba definido por las historias de amor, pero un amor cándido e idealizado por el melodrama y el romanticismo de las novelas decimonónicas, como *María* (Jorge Isaacs) o *Aura y las violetas* (José María Vargas Villa). Naturalmente, era un cine sin contaminación erótica en absoluto, como correspondía para la época. Y no importa lo impolutas que fueran estas historias, casi todas eran protagonizadas por actrices italianas (que algo de pierna mostraban), porque el del cine era un oficio de dudosa reputación.

Saltando el desierto cinematográfico de los años treinta, la década siguiente, correspondiente a un retrasado inicio del cine sonoro (pues fue inventado en 1927), tuvo unas características similares: poco cine, muchos cándidos romances y nada de aquello. Así mismo, de un plumazo, se pueden despachar los dos decenios siguientes, el primero muy escaso de cine y en los sesenta nuestro cine está pensando, por primera vez en su historia, en la realidad del país, una realidad que no daba cabida a las histo-

rias de amor, y aunque en Europa y luego en Hollywood ya se estaban entregando al “destape” producto de las revoluciones sexuales, en Colombia todavía no estaban para esos calores.

El amor fue escaso como centro de los relatos en los setentas y tan solo algunos atisbos de escotes y carne, muy poco de esto tratado con el énfasis del erotismo. Habría que esperar a la década siguiente para que se contaran más historias de amor y se diera el verdadero destape en el cine nacional. Gustavo Nieto Roa, además de sus populares comedias, también contó algunos romances de cine. Ya había empezado con una nueva versión de *Aura o las violetas* (1974) y también dirige, entre otras, *Tiempo para amar* (1981), con Claudia de Colombia haciendo de una monja que se enamora y renuncia a su vocación.

El destape definitivo se dio con tres películas: *Las cuatro edades del amor* (1981), cinta compuesta por cuatro episodios, cada uno dando cuenta de la vida sexual del hombre en distintos momentos de su vida; *La virgen y el fotógrafo* (Luis Alfredo Sánchez, 1983), película que lanza a quien durante mucho tiempo sería el mayor símbolo sexual del país, Amparo Grisales; y *Erotikón* (Ramiro Meléndez, 1984), una producción que sin rodeos abordó el género, como lo evidencia su título y la sinopsis: “Seducción femenina, incesto y lesbianismo se conjugan en esta producción llena de erotismo y fantasías sexuales.” Hay una cuarta, *La mansión de Araucaima* (Carlos Mayolo, 1986), que corona este periodo inicial del erotismo colombiano en el cine, pero lo hace como ninguna de las anteriores, las cuales tienen una concepción burda y cliché del erotismo, en cambio la de Mayolo es una cinta inteligente, sugerente y provocadora hasta casi rayar con la perversión.

La gran historia de amor del cine nacional es *Confesión a Laura* (Jaime Osorio, 1990), un relato intimista y emotivo que es contado con madurez y sutileza. Y como ésta, es decir, películas que se concentran únicamente en la historia de amor, hay muy pocas, solo otros tres títulos en los últimos veinte años: *Siniestro* (Ernesto MacClausand, 2001), *El ángel del acordeón* (María Camila Lizarazu, 2008) y *Del amor y otros demonios* (Hilda Hidalgo, 2010). No debe ser casualidad que sean tres historias de la costa Caribe, porque las demás regiones parecen tener distintas preocupaciones y otras maneras de mirar el amor.

De hecho, casi todo el cine colombiano que tiene al amor como un componente importante de su historia, más que de amor, habla de desamor o de amores truncos. La lista es larga, pero hay unos romances frustrados ejemplares, como *La boda del acordeonista* (Pacho Bottía, 1986), *Es mejor ser rico que pobre* (Ricardo Coral-Dorado, 2000), *La primera noche* (Luis Alberto Restrepo, 2003) y dos películas que desde su misma frase promocional ya hacían doler el alma: *Rosario tijeras* (Emilio Maille, 2005), con su “Amar es más difícil que matar”, y *García* (José Luis Rugeles, 2010) y su demoledora “¿Qué pasó? ¿Le rompí el corazón o qué?”.

Capítulo aparte merece el cine de Jorge Echeverri, ese talento secreto del cine nacional que con *Así va* (1981), *Terminal* (2001) y *Malamor* (2004) ha hecho de su intimista y poética obra un doloroso tratado del desamor, el fin de las relaciones y sus consecuencias. Y ya que se menciona a un director que tiene este tema como base de su obra, es ne-

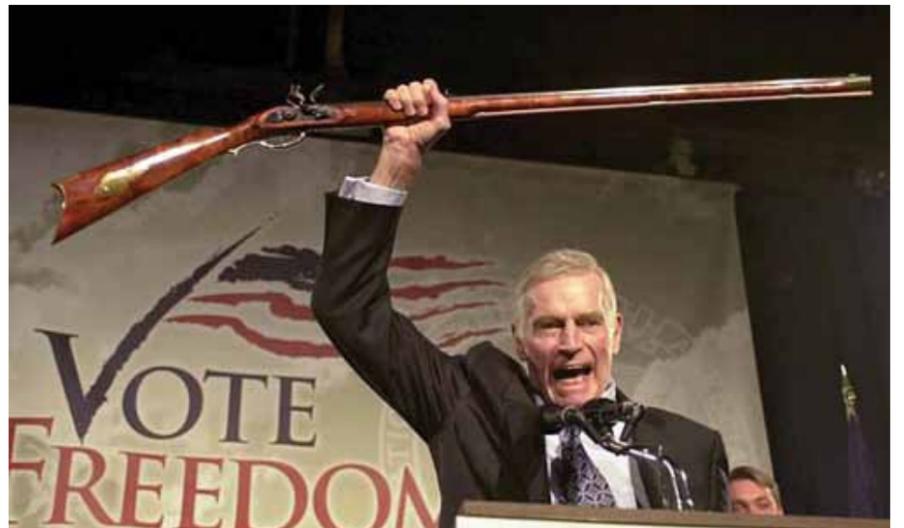
cesario referirse a Harold Trompetero, realizador en el que se identifican claramente dos vocaciones, una vena comercial dedicada a las comedias (casi todas por encargo) y otra más con intenciones de autor: *Diástole y sístole* (2000), *Violeta de mil colores* (2005), *Dios los junta y ellos se separan* (2006) y *Locos* (2011), todas ellas películas que le apuestan al amor... a pesar de todo.

Con el erotismo sucede ese mismo efecto contrario que con el amor, esto es, que en el cine colombiano cuando no es que eventualmente se muestra el acto sexual de forma explícita e informativa, se impone más bien el anti erotismo, justo como la escena descrita de *La gente de La Universal*. Y es que en el cine nacional, así como dos de los imperativos que lo definen son la violencia y el dinero fácil, cuando quiere referirse a las relaciones de pareja hay una tendencia hacia el deseo y su satisfacción (en los que podría verse una correlación con la violencia y el dinero fácil). Eso lo vemos en películas como *Carne de tu Carne* (Carlos Mayolo, 1983), *La Virgen de los Sicarios* (Barbet Schroeder, 2000), *Entre sábanas* (Gustavo Nieto Roa, 2008), *El arriero* (Guillermo Calle, 2009), entre tantas otras.

Mucha gente le reclama al cine colombiano que cuente más historias de amor, pero de acuerdo con este balance, parece que hay una incapacidad por parte de los cineastas para hacerlo. Y cuando lo intentan, en lugar de un poema les sale un gemido, ya en forma de desamor o de erotismo mal habido. 

Cincuenta balas para cada uno

por DANIEL PACHECO



Charlton Heston. Convención Asociación Nacional del Rifle. 2003

Dormir bajo el mismo techo con un extraño que tiene dos revólveres calibre 38 ha sido parte fundamental de mi experiencia americana.

A Tanner Brooks lo contacté por Craigslist, una especie de páginas amarillas gratis por Internet, unos días antes de viajar a cubrir la convención del Partido Republicano en Tampa. Tanner estaba alquilando un cuarto en su casa, que por las fotos que me mandó vía celular parecía bastante mejor que un cuarto de hotel prefabricado de 300 dólares la noche.

Pero Craigslist también es la piscina de cultivo virtual de los personajes más dementes. Uno puede encontrar gente buscando y vendiendo desde sexo hasta ropa de segunda. Son famosos los casos de los "Craigslist Killers". A la mente me llegó uno muy sonado cuando sellé con Tanner el precio final de mi estadía: el caso de George Webber, un popular locutor de radio de 47 años, apuñalado cincuenta veces por un chico de 16 años que respondió a su anuncio de "sexo duro" en Craigslist. A Webber lo hallaron amarrado y desnudo. Más tarde su joven verdugo, John Katehis, reconoció ser discípulo de la Escuela de Satán.

El GPS de un Ford Focus alquilado me llevó a través de las autopistas y el puente de cinco kilómetros sobre el mar en la bahía de Tampa hasta un suburbio. De los árboles colgaba musgo español. Pequeñas lagartijas corrían y le abrían paso a mi maleta de rueditas. Timbré. ¿Estaba a punto de conocer a mi John Katehis?

Tanner Brooks resultó ser un tipo de unos treinta y pocos años que alquilaba un cuarto de la casa de sus papás mientras ellos estaban de viaje. Pelo corto,

1,80, blanco, amable, y muy raro. La casa tenía dos pisos, cuatro habitaciones, una sala amplia con chimenea y una terraza con muebles de verano cubiertos. En la nevera, muy ordenadas, había botellas de Guinness, Coca Cola dietética y Ensure; al menos diez de cada una.

Me contó que esa era la casa de invierno de su familia, que durante el resto del año vivía en Idaho. Hacía tres años había regresado de un viaje a Túnez y desde entonces escribía una novela sobre su relación con los árabes. En el comedor de la casa tenía su portátil, al lado una hojita de papel con una mezcla de notas y rastros redondos, latas de Coca Cola y botellas de cerveza.

Yo trabajaba todos los días en mi habitación hasta el mediodía, salía y lo veía sentado escribiendo con una banda de hacer ejercicio en la cabeza. Volvía a media noche, luego de los discursos finales de la convención, y él ya estaba durmiendo. Después de cinco días de cordialidad y breves charlas, estaba bastante seguro de que Tanner Brooks no era mi "Craigslist Killer".

Se acabó la convención y yo me quedé el fin de semana en Tampa. Un domingo me encontré a Tanner en la cocina y empezamos a charlar. Los Republicanos eran unos locos, estábamos de acuerdo. Nos burlamos de Mitt Romney, Clint Eastwood, Sarah Palin, y terminamos hablando de la segunda enmienda de la Constitución de Estados Unidos: "siendo una milicia bien preparada, necesaria para la seguridad de un estado libre, el derecho del Pueblo a tener y portar armas no será vulnerado".

Los conservadores del país leen esto como si fuera la Biblia. Luego de la elección de Obama, en 2008, ante el miedo de que restringiera la compra de armas,

y a pesar de que el candidato ganador dijera que apoyaba la segunda enmienda, el FBI recibió 49% más de solicitudes de estudios previos para autorizar la compra de armas.

Yo le dije a Tanner que entendía que las armas hacían parte importante de la cultura democrática del país, pero que poder comprar un AK-47 en la tienda de la esquina me parecía un poco exagerado. "Y eso que nunca he disparado un arma", agregué. "¿Nunca?", respondió con los ojos abiertos. "Ya vengo". Subió al segundo piso y bajó con dos revólveres Smith & Wesson calibre 38 de barril corto: "son de mi papá", me explicó. En la funda donde los tenía estaban las balas. Me dio un revólver descargado y revisó el suyo con pericia y sin alardes. Mientras apuntaba a la distancia y jalaba el gatillo fue inevitable imaginar que yo le pegaba un tiro a mi hospitalario amigo, y que él me lo pegaba a mí.

A los diez minutos estábamos manejando hacia un polígono de tiro y tienda de armas. En un mostrador de vidrio estaba en promoción una Barrett M95, un rifle de francotirador calibre .50, con un rango de casi dos kilómetros, capaz de atravesar una pared de ladrillos. Ese fin de semana costaba 6.000 dólares para miembros de la Asociación Nacional del Rifle, un grupo de lobby que en la última década ha gastado más de veinte millones de dólares para influenciar congresistas. Por lo general, en las milicias ese calibre se utiliza para detener vehículos a gran distancia. Un impacto de una bala calibre .50 en un blanco suave es devastador. Definitivamente, no es un arma para salir a cazar venados.

Le pregunté al tipo de la tienda si podía comprar la Barrett solo con mi licen-

cia de conducir de Washington DC. "Claro", me dijo, "la pagas hoy y en tres días te la puedes llevar". Además de la Barrett había AR-15, AK-47 y todos los fusiles de caza imaginables. Los fusiles los puede comprar cualquiera, así sea de fuera de la Florida. No necesita un chequeo de antecedentes del FBI, lo que sí sucede para las armas cortas. Los tres días son lo que en la Florida llaman el "período de enfriamiento", estipulado por ley. "Nadie necesita un fusil inmediatamente", me explicó el señor, "y si lo necesita de urgencia, no es para nada bueno".

Tanner pidió dos cajas de cartuchos "Special .38": cincuenta balas para cada uno, diez rondas en un barril de cinco tiros. Lo hacía todo con la naturalidad de quien pide unos zapatos para jugar bolos. Entramos al polígono con protectores de orejas y gafas. Había cinco carriles; el último, para tiradores discapacitados, era más ancho, imagino que para acomodar una silla de ruedas.

Apretar el gatillo y sentir esa explosión de poder, desatarse con solo un dedo, es aterrador y delicioso. La fuerza de la muerte con un esfuerzo mínimo. Después de muchos disparos la mano me dolía un poco. El blanco, una silueta de un zombie que tengo colgada en mi cuarto, ya estaba hecho trizas.

De vuelta en la casa, Tanner subió a dejar las armas en el armario de su papá. Yo no sabía dónde quedaba. De golpe me llegó la imagen de estar durmiendo en mi cama, abrir los ojos y ver la silueta de Tanner con una 38 cargada en la mano.

Nos despedimos, le agradecí el paseo al polígono y me fui a acostar. Me dormí tranquilo, con la puerta sin seguro. Un disparo en la cabeza es mucho mejor que cincuenta puñaladas. 



Máscara contra

Los papas italianos solían tener cerca a sus hijos. Los criaban bajo sus faldones y de ser posible más tarde los nombraban cardenales. A esos hijos no reconocidos oficialmente, el papa los criaba como “nipoti”, que quiere decir sobrinos o personas de parentesco cercano. De ahí viene el apellido de Juan Nepote, un físico y escritor mexicano que estuvo hace poco en Medellín hablando de *Científicos en el ring*, su reciente libro sobre disputas académicas.

Juan Nepote es entusiasta y sencillo. Es fácil entablar con él un diálogo fraterno, como sugiere su linaje, aunque ni él ni su familia tengan nada que ver con papas. Un antecesor suyo migró de Italia a Jalisco durante un auge minero, y de su descendencia, en un hogar de padres periodistas, nacería él. Dice que recuerda los arrumes de libros que atesoraba su padre, de donde seguramente le vino la idea de ser escritor.

Sin embargo, a la hora de salir del colegio Juan no pensó en estudiar letras. Tenía claro que quería ser escritor, no profesor de literatura, de modo que optó por darse una espera como empleado en la peletería de su tío. Allí, entre los olores y las texturas de las pieles, tuvo tiempo para soñar, y como los sueños son desatinados se le ocurrió que algo lo esperaba en el mundo de la física.

Juan creía, con la insolencia de la juventud, que haría algún descubrimiento importante en ese campo si se lo proponía. Se presentó a la universidad y pasó sin problemas, no tanto por algún tipo de genialidad revelada sino tal vez porque la mayoría de los jóvenes sueñan con hacer proezas en otros campos. Avanzó pues en la carrera de física, hasta que le llegó el día de preguntarse dónde había quedado esa revelación primordial de la escritura.

La respuesta la encontró cuando, parcialmente insatisfecho por el movimiento simple y otras arideces, hizo abrir una electiva perdida en el pénsum: historia y filosofía de la física. El profesor, un alemán con todos los centímetros, resultó tan bueno que no solo lo siguió en todas sus lecturas recomendadas sino que terminó pronunciando el nombre de Einstein con acento científico. Y todavía lo hace.

Pude escucharlo en la conferencia que dio en el Parque Explora a propósito de su libro, donde presenta seis ejemplos de confrontaciones entre académicos de diversas épocas, enfrentados por la paternidad de una teoría o de un nuevo conocimiento. En el caso del bien pronunciado Einstein, por ejemplo, se trata de la disputa de este con Bohr y Heisenberg sobre el azar en los procesos de la Física Cuántica.

Para hacer más divertido el tema de las controversias científicas, Juan Nepote echa mano de uno de los deportes de combate más peculiares de su país, la lucha libre. Son bien conocidos en el exterior los enmascarados que, en una mezcla de acrobacia y fanfarronería, se enfrentan a golpes ante multitudes. Aunque los científicos no pelean exactamente de la misma manera –tal vez por falta de tono muscular–, son simpáticas las relaciones que Juan ha encontrado entre unas contiendas y otras.

En la lucha libre mexicana se distinguen dos tipos de peleadores: los más bastos y brutos en lo que se refiere a su

manera de actuar, a quienes la gente llama los *rudos*, y otros, más técnicos y respetuosos de las reglas, conocidos como los *científicos*. Lo normal pues es que se conserve este contraste en los duelos, de manera que se pueda saber qué puede más, si las artimañas o el cerebro. Igual, plantea Juan Nepote, ocurre a veces en la ciencia; para explicarlo trae, entre otros, el ejemplo de la pelea entre Thomas Alva Edison y Nikola Tesla.

Hace casi un siglo se presentó en los cuarteles del reconocido Edison en

Nueva York –donde trabajaba un pequeño ejército de ingenieros en busca de nuevas y prometedoras patentes– un europeo flaco y de modales finos a pedir trabajo. Era un yugoslavo de apellido Tesla que venía recomendado por el jefe de la filial de Edison en París. El remitente decía en el sobre cerrado: “Conozco a dos hombres de gran inteligencia, y usted es uno de ellos. El otro es el portador de esta carta”.

Tal vez menos motivado por el halago que por la falta de un ingeniero que

supiera de electricidad, Edison contrató al muchacho, aunque no le daba confianza su pelo engominado y partido a la mitad. Edison se dio cuenta de que si bien el recién llegado era solitario, y quizá demasiado refinado para su gusto, sabía lo que hacía. Le dio a entender que podía trabajar por su cuenta y le prometió cincuenta mil dólares si lograba mejorar sus más recientes generadores.

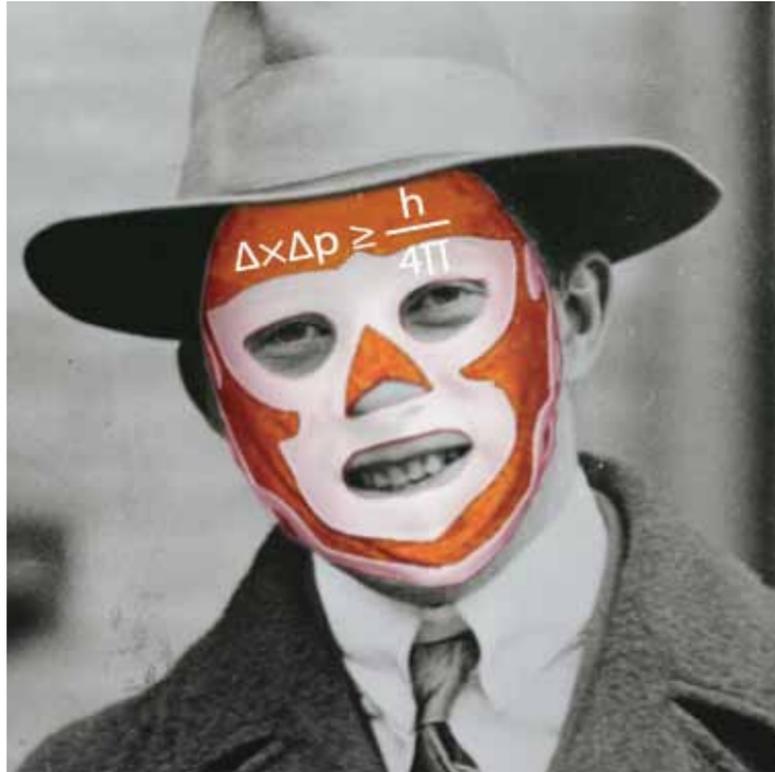
Tesla se aplicó al trabajo en largas jornadas y presentó los resultados a Edison con la seguridad de que ahí comenzarían a cambiar sus condiciones financieras, pero ante el reclamo por el dinero el inventor le dio una respuesta que a cualquiera sacaría de su ropa: “¡Qué poco está usted acostumbrado al humor americano!”. Tesla se fue dando un portazo, convencido de que su invento de transportar la corriente en forma alterna era mucho mejor que la forma continua que proponía Edison.

El joven yugoslavo consiguió apoyo financiero de personajes que conoció en el mundo aristocrático de Nueva York, en el que se supo insertar, y formó su propia empresa para darle la pelea a su antiguo jefe. Pero a este no le gustaban los competidores y, haciendo gala de ser un hombre de acción y no un académico, peleó como el más sobresaliente de los *rudos*. Sus ataques iban desde panfletos denigrantes de la corriente alterna y su inventor, hasta la ejecución pública de perros y gatos electrocutados, para que la gente viera lo peligroso que podía ser ese nuevo invento.

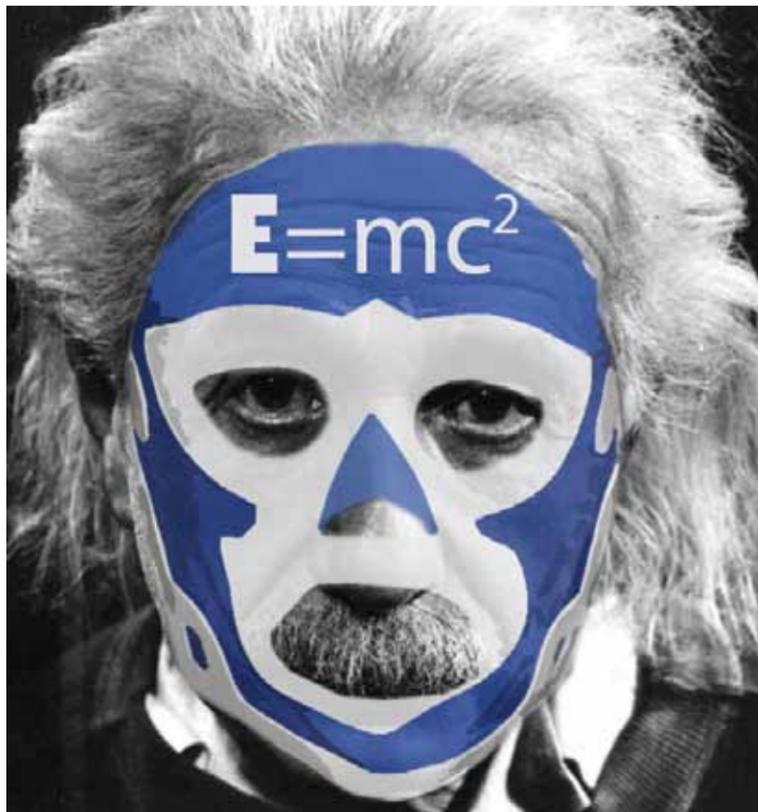
La corriente alterna de Tesla finalmente se impuso, y su inventor, un verdadero luchador técnico y científico, vio reconocida su audacia e inteligencia. Pronto Estados Unidos tuvo una vasta red eléctrica que llevaba la corriente alterna hasta los rincones más apartados. Naturalmente, la fama de Tesla no fue tanta como la de Edison, reconocido por haber dado a luz numerosos inventos –aunque se diga que estos fueron en buena medida obra de los ingenieros a su servicio–. Tanta fue la influencia del inventor del teléfono y la bombilla, que el mismo Tesla no pudo evitar que se le impusiera, al final de su vida, la Medalla Edison al mérito por sus investigaciones científicas.

Otros cinco combates pueden leerse en *Científicos en el ring*, no todos tan brutales como el de la “guerra de las corrientes”. Por ejemplo, está el caso de Charles Darwin y Alfred R. Wallace, quienes se dieron cuenta de que habían llegado a conclusiones similares, casi al mismo tiempo, acerca de lo que después sería conocido como evolución. En vez de pelear a muerte, los dos científicos decidieron darse la mano y publicar juntos, en igualdad de condiciones, sus observaciones. Wallace, más joven, quedó agradecido con esa oportunidad, y Darwin, contento, porque a raíz del trabajo de Wallace se apuró a publicar su largamente aplazado *Origen de las especies*.

Como lector y espectador, puedo decir que Juan Nepote es sin duda un árbitro imparcial que no se inclina por los *rudos* ni por los *científicos*. Después de leerlo uno queda con la siempre agradable sensación de haber aprendido algo mientras se lee una buena historia. La física y la escritura han llegado pues, como el sueño juvenil de este mexicano de Guadalajara, a un envidiable matrimonio. UC



cabellera



por IGNACIO PIEDRAHÍTA

Yo Soy
Cultura
Espacio Público

**Vida, seguridad
y convivencia**
para el corazón
de Medellín



Cuando un guayabo termina con una cadena que va de la muñeca a la camilla, un cuarto blanco de cuatro metros de altura, cuatro tandas de pastillas diarias y un psiquiatra que entrega acertijos náuticos, no hay que dudar, la fiesta ha terminado.

El loco de la botella

Una crónica por accidente

por PABLO R. ARANGO

Ilustración: Cristina Castagna

Ya estaba allí, en la unidad de cuidados especiales, los cuidados intensivos de un hospital psiquiátrico. Luego del breve interrogatorio de un médico, un enfermero corpulento me pidió que le entregara la correa del pantalón y todos los objetos metálicos. Me requisó y le entregó las cosas a mi acudiente –Gabriel, un amigo que me había llevado desde la sede de urgencias de la EPS, porque a los diagnosticados con “desórdenes mentales y del comportamiento” no se nos permite andar solos– y le dio instrucciones para que me trajera lo esencial. Aproveché para pedirle algunos libros para lo que se venía. Se fue y quedé sentado en una silla del pasillo por el que caminaban una mujer de unos cuarenta y cinco años, de ojos verdes y rostro pálido, y un hombre semicalvo de unos cincuenta años, gafas y barba incipiente. Ella caminaba de un extremo al otro, lentamente, casi arrastrando los pies, mirando siempre al frente. El hombre también deambulaba pero pronto se sentó a mi lado y me preguntó por qué estaba allí. “Alcoholismo”, le dije. “Yo también estoy por consumo”, dijo, “pero de bazuco”. Nos presentamos, se llamaba R. El enfermero me entregó un par de pastillas y un vaso de agua: “es para la ansiedad, don Pablito”. Las tomé y me pidió que abriera la boca y levantara la lengua. Al rato las pastillas comenzaron a hacer su trabajo y me fui hundiendo en una quietud casi completa: solo movía los pulgares y los índices de las manos. Estuve ahí sentado conversando con R. hasta que llegó mi acudiente. Me trajo una barra de jabón, un tarro de champú, un cepillo de dientes, un desodorante, una toalla y cinco libros. Me asignaron una cama en una habitación, junto a R.

La pieza tenía unos cuatro metros cuadrados más el espacio del baño, que no tenía puerta ni cortinas, solo el sanitario y el tubo de la ducha. La puerta del cuarto, que los enfermeros cerraban por fuera, era de madera, alta, porque la altura de la caja que me asignaron era de casi cuatro metros. En la mitad de la puerta había un rectángulo de vidrio de unos cincuenta centímetros de alto por veinte de ancho. Cuando me cansaba de estar en la cama me paraba a mirar por el vidrio hacia el pasillo. Pero la mayor parte del tiempo la pasé tendido en la cama, leyendo a ratos, conversando con R., a veces durmiendo. El sueño era una bendición pero no llegaba fácilmente si uno no estaba bien dopado. Pero R. y yo no éramos de los que había que dormir a la fuerza. A mediodía abrían la puerta para que saliéramos a almorzar. Éramos doce internos en total en esa sección. El primer día no fui capaz de comer así que le cedí mi almuerzo a un muchacho que comía con muchas ganas. Conversando con él en el pasillo, supe que era soldado y que estaba internado porque se desesperó y amenazó con una granada a sus compañeros. Tomamos las pastillas y regresamos a los cuartos.

A las dos de la tarde llegaban las visitas. Debíamos recibirlas en turnos de a tres, durante quince minutos y con un máximo de dos visitantes por enfermo.

Fueron mi amigo acudiente y dos primas. El muchacho más joven de la sección recibía a su novia en una de las mesas del almuerzo. Él empezó a alzar la voz y la cogió por los hombros. Dos enfermeros grandotes los separaron y comenzaron a bregar con el muchacho. A pesar de ser esmirriado y mucho más pequeño, les dio buena lidia hasta que llegó un tercero y lograron reducirlo. El muchacho gritaba “yo no le iba a pegar hijueputas, suéltense”, una y otra vez. Lo llevaron hasta su pieza y supongo que lo amarraron a la cama. Siguió gritando durante un buen rato mientras los calmantes hacían lo suyo. La visita terminó ahí. En el cuarto le comenté a R. mi sorpresa por la fibra del muchacho. R. me explicó con paciencia: “no es tanto la fuerza, es que cuando uno se enloquece no le importa nada”.

Al día siguiente, después del almuerzo, un enfermero nos dijo a R. y a mí que ya nos habían asignado dos piezas en el ala de pensión. Me alivió saber que iba a tener un cuarto para mí solo. Acomodé mis cosas y salí a caminar por ahí. A los de pensión nos permitían salir al parque que quedaba en la entrada del hospital, ir a la cafetería y a una sala de televisión. No esperaba encontrar a tantas mujeres: un grupo de muchachas entre los quince y los veinte años y otro de señoras desde los cuarenta hasta los setenta años más o menos. Ellas estaban en el primer piso del edificio y los hombres en el segundo y el tercero. En el segundo piso, donde me ubicaron, había una sección cerrada a la que llamaban “intermedios”: allí estaban los presos que los psiquiatras diagnosticaron con alguna enfermedad mental. Pero a algunos prisioneros que llevaban un buen tiempo purgando su condena y se habían comportado bien se les asignaba una pieza en el ala de pensión. Dos de ellos eran ahora mis vecinos: J., un joven profesor de educación física,

más grande que el enfermero más grande, que en una pelea le enterró un cuchillo en la cabeza a su contendor. Recordé la lección de R. y me imaginé la potencia natural de semejante cosaco multiplicada por la locura, y no me sorprendió que hubiera logrado penetrar el duro hueso de un cráneo con la sola fuerza de sus manos; y T., un paisano y conocido mío de cuyo crimen yo me había enterado años atrás: mató a uno de sus vecinos. En el tercer piso había un muchacho de unos dieciocho años que también mató a otro: “no sé por qué lo maté, no me acuerdo de nada”, me dijo, “estaba muy embazucado”.

A las seis de la mañana nos despertaba un enfermero y luego del baño salíamos a tomar el sol o a ver televisión. A las ocho nos daban el desayuno –chocolate con tostada y huevo tibio– y la primera dosis de pastillas. A las doce almorzábamos –una sopa de vegetales, arroz y carne casi siempre en albóndiga porque solo nos permitían usar cuchara– y tomábamos la segunda dosis. A las seis de la tarde comíamos, recibíamos más pastillas y se nos ordenaba permanecer en el edificio, pero esta orden solo era cumplida por las mujeres, a quienes les cerraban la puerta de su sección, mientras que los hombres podíamos vagar otro rato por ahí. A las nueve nos daban la última ración de medicamentos y nos debíamos encerrar en las habitaciones. Había un aviso grande con las normas para los internos: prohibido tener relaciones amorosas, entrar al cuarto de otro, fumar, tener teléfono celular y computadoras portátiles. A los visitantes se les prohibía llevar “comida de sal”.

La comida estaba diseñada, supongo, para cumplir su función más básica: nutrir. A quienes sufrían de diabetes o tenían alguna dieta prescrita por los

médicos les tocaba un alimento todavía más insípido que el nuestro. Diego, un amigo, estupendo cocinero, se ofreció a llevarme buena comida, y lo hacía en las horas de visita escondiéndola en pequeños recipientes de plástico. Nunca pensé que un buen plato pudiera alegrar tanto la vida. Durante las horas de comida obligatoria yo tenía entonces que deshacerme de mis raciones de algún modo. Acordé dárselas a T., mi paisano, pero debíamos andar con cuidado porque eso estaba prohibido y en el comedor había enfermeros vigilando. Nos hacíamos en un rincón y, a medida que T. vaciaba su menaje, yo se lo recibía y le pasaba el mío.

Al tercer día comencé a hablar también con las mujeres. Una muchacha de unos dieciocho años, muy alegre y conversadora, estaba allí, según me contó, porque había tomado conciencia de que algún día iba a morir y toda la gente que quería también, y como no paraba de llorar los familiares la llevaron al psiquiatra. Volví a ver a la señora de los ojos verdes y ahora parecía otra: lucía mucho más joven y caminaba resueltamente, sin asomo de la languidez que exhibía cuando recorría el pasillo. En general, el grupo de las mujeres era más unido que el de los hombres: todas, jóvenes y viejas, se sentaban a tomar el sol, hablaban y se reían. Una señora de unos 55 años, alta, gruesa, doña S., se la pasaba contando chistes o anécdotas. Era una visitante más o menos asidua del hospital: sus hijos y esposo la internaban porque ella y unas amigas se iban para La Galería en Manizales y se encerraban a beber y a fumar bazuco hasta que sus familiares la encontraban después de varios días de búsqueda. Contaba sus hazañas con desenfado y agregaba: “como ya nos conocen todos los metederos, ya cuadré con una amiga pa’ que la próxima vez nos vayamos pa’ Chinchiná y ahí sí no nos encuentra



ni el diablo". Una hija muy bonita la visitaba todos los días, y mirándolas juntas alcancé a ver también la belleza juvenil de doña S.

Por las noches veíamos televisión juntos antes de encerrarnos en los cuartos. Buscábamos películas dobladas al español porque uno de los señores no podía leer los subtítulos a la velocidad que los pasan. Venía de la zona rural de Pácora y había tomado una tremebunda dosis de veneno de la que se salvó de milagro. "Esa no la vuelvo a hacer", me dijo. Le pregunté si lo que no iba a intentar de nuevo era el suicidio o el método. Me contestó con una sonrisa muda de medio lado.

El sábado por la tarde el lugar parecía una feria. En todos lados estaban los internos con sus parientes o amigos, conversando y comiendo dulces. A T. no lo visitaba nadie y se dedicaba a vacunar a todos los visitantes: al final de la visita mostraba con orgullo las monedas y billetes que había conseguido. Calculo que a mi mamá logró arrancarle unos veinte mil pesos entre visita y visita. "Es que a mí me rebajaron la pena por buen comportamiento y ya casi me toca irme, paisanito. Esta platica es para el pasaje". T. estaba más bien angustiado por la posibilidad de salir: "mire paisano, yo ya llevo aquí cinco años y no tengo para dónde ir, aquí por lo menos tengo comida y amigos. ¿No será que uno puede reclamar para que no le rebajen la pena?". Le prometí que le iba a consultar a un amigo abogado. Mi amigo me dijo que era la primera vez que oía de una solicitud como la de T., que creía muy improbable que un juez le suspendiera la rebaja pero que de todos modos iba a averiguar. Hablé con T. y me dijo que dejáramos así, que ya se estaba haciendo a la idea de salir.

Las sesiones con el psiquiatra eran por la mañana, pero no todos los días. En la primera me hizo un interrogatorio más amplio que el de la llegada y me prescribió un ansiolítico nuevo. En la segunda me preguntó cómo me veía a mí mismo dentro de diez años. Le dije que no había pensado en eso. "¿Y en cinco años?" "Tampoco". "¿Dentro de un

año?" "En realidad, doctor, solo planeo las borracheras de los fines de semana, porque las de la semana son siempre iguales: todos los días de siete de la noche a tres de la mañana más o menos". Me planteó entonces una suerte de acertijo: "supongamos que dos barcos salen de Barranquilla, uno va para Miami y el otro no tiene un destino cierto. ¿A cuál le va mejor en el viaje?" "No sé, doctor". "Piense, ¿a cuál le debería ir mejor?" "Es muy poca información para saberlo", le dije. Continuamos así hasta que comprendí lo que quería: "supongo que le debe ir mejor al que tiene una ruta definida". "Eso es", me respondió. "Eso se llama longitud. Como los barcos, la vida debe tener una longitud. En este momento su vida no la tiene y tenemos que trabajar en eso. Le dejo de tarea imaginarse cómo será su vida en los próximos cinco años". El consejo me pareció elemental y estúpido, pero luego lo pensé mejor y acepté que el doctor tenía la razón. En la siguiente sesión le dije que en los próximos cinco años quería dejar de beber, escribir más y pasar más tiempo con mis hijas. Entonces me preguntó si alguna vez me había involucrado en algún proyecto social. Le dije que lo más parecido a eso en mi vida había sido dar limosnas en la calle. Continuó con la metáfora náutica y me explicó que los barcos también necesitaban amplitud, que a mayor amplitud más capacidad para albergar marineros. Y concluyó con una recomendación: involucrarme en algún proyecto que implicara a más personas que yo mismo. Esa tarde le conté a Diego de mi conversación con el psiquiatra y me dijo que quizá el doctor era marica y soñaba con un viaje a Miami en un barco lleno de marineros. Volví a pensar que había algo de razón en sus palabras.

Tuve una última sesión en la que el psiquiatra hizo pasar a mi mamá y a mi acudiente. Mi mamá contó que yo había sido sacado con fórceps y que por eso ella pensaba que yo era tan borracho y drogadicto. No conocía ese detalle de mi nacimiento, pero no me convenció el determinismo puerperal de mamá. Gabriel expresó su preocupación por mi afición al cigarrillo y, para mi alivio, el

psiquiatra le dijo: "vamos por partes, no se puede dejar todo al mismo tiempo". Le pregunté entonces por qué no podía fumar en el hospital y me recordó que esas eran las reglas. Terminamos con una prescripción de litio y tiamina para todos los días: había sido mordido por la psiquiatría.

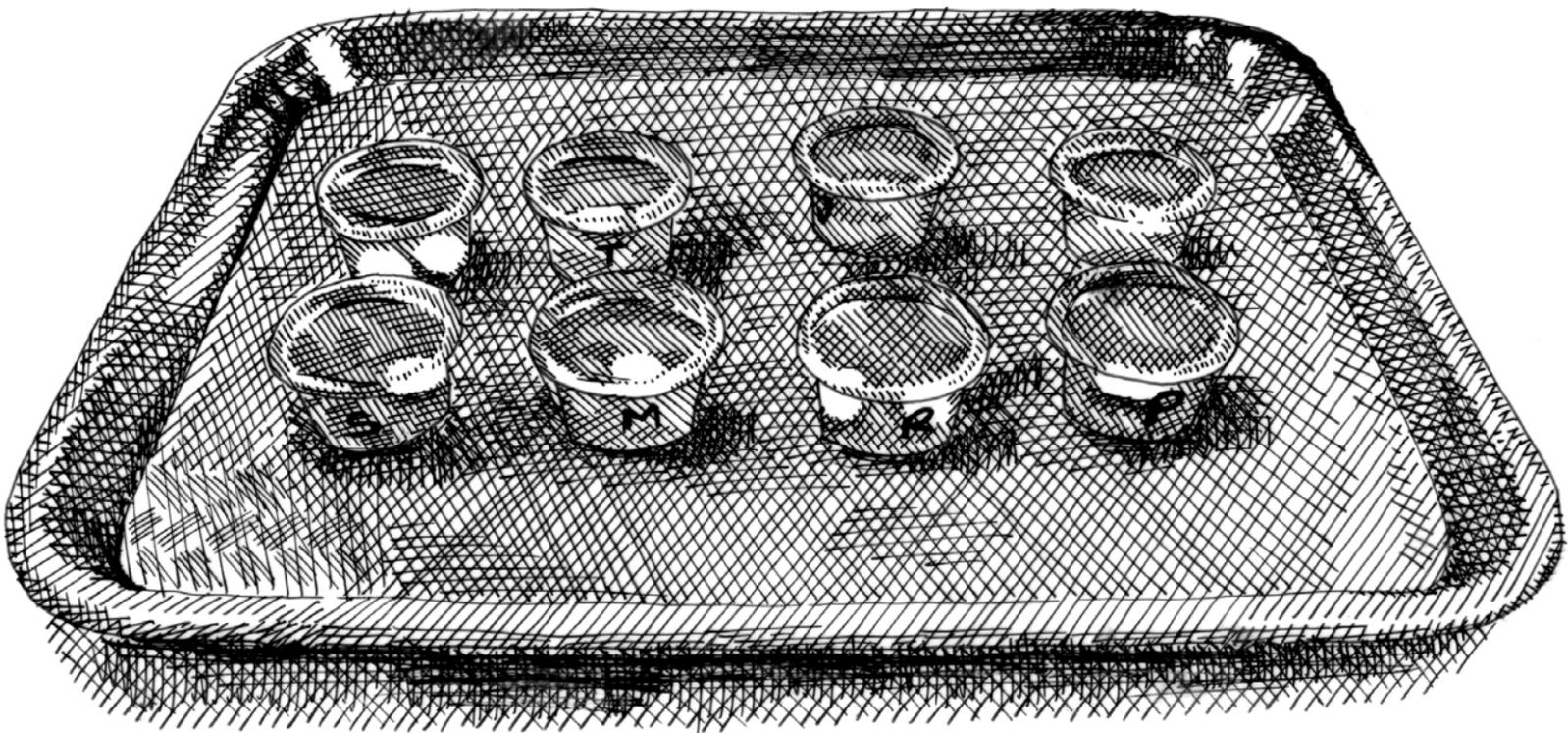
Los niños no diagnosticados no podían entrar a las visitas y por eso no pude ver a mi sobrino, que se quedó esperando en la entrada junto a mi hermana. Traté de subir para saludarlo por entre las rejas, pero un enfermero me cerró el paso. Solo pude verlo de lejos y sentí un extraño alivio porque no estuviera internado. Mamá me contó que Simón había dicho: "a mi tío lo encerraron porque dice gonorrea y fuma cigarrillo". Fue una curiosa coincidencia: en una de las novelas que leí en el manicomio, una mujer explica la falla en el carácter de su marido diciendo: "No ha logrado nada en la vida. Fuma y por las noches va a jugar al ajedrez". Yo hacía todo eso, lo que decía mi sobrino y un poco más.

El martes posterior al primer fin de semana me vi sorprendido por la presencia, en la entrada del comedor, de una muchacha con la que había estado saliendo y bebiendo antes del internado, M. Nos saludamos con dificultad y me dijo que iba para una cita. Pero las citas psiquiátricas no incluyen desayuno con los internos, y tuvimos que aceptar el hecho de que ambos habíamos ido a parar a un guayabo con hospitalización, como se aceptan todas las cosas desagradables en la vida: a la brava. Después del mediodía ya estábamos conversando. Uno de los enfermeros le puso la queja a un psiquiatra de que nos había visto juntos viendo televisión y acariciándonos. El doctor la regañó y le prohibieron esa clase de contacto. A mí no me dijeron nada. De todos modos los días siguientes mejoraron mucho con la compañía de M.

El último día se me hizo más largo. En la última sesión el psiquiatra me había dicho que el viernes podía irme, pero eso dependía de que él se acordara. Estuve esperándolo toda la mañana pero no lo vi. Contaba con la opción de retiro voluntario, pero necesitaba la au-

torización de mi acudiente y él estaba muy ocupado. Mientras me resignaba a otro día de hospital, J. trataba de animarme con el recuerdo de la "elegancia de sancocho" que servían los sábados. Luego del almuerzo de ese viernes me fui a una de las zonas que los internos habíamos acondicionado para la actividad ilícita de fumar cigarrillos de tabaco, y me encontré a T. conversando con J. y otro muchacho. Como era su costumbre en esos días, T. se lamentaba por su próxima salida. J. le dijo: "vea hermano, eso es muy sencillo, no es sino que coja aquí a un pirobo que le caiga mal y lo dañe, y así le vuelven a clavar varios años". El muchacho intervino: "nononononó, mejor se corta el cuello donde lo vean y así no perjudica a nadie". Entonces me metí y le dije a T: "¿pero cómo se va a dejar aconsejar de este par de locos? ¿Yo no le ofrecí pues la asesoría de un abogado?". El muchacho me dijo: "¡Ah!, ¿y usted quién es pues pa' venir a decirnos nada? Usted también está encerrado con nosotros". Me callé. Hasta entonces los había visto como "ellos", pero me di cuenta de que éramos "nosotros" y recordé las maneras compasivas y un tanto lastimeras de enfermeros, familiares y amigos, sumadas a la propia autocompasión, y nada de eso me gustó. En ese momento me sentí de veras encerrado. Si ese era el precio por las noches y los días de euforia junto a la botella, ya no lo quería volver a pagar. Descubrí en mí una voluntad de darle la razón a todo el mundo, de pedir apoyo, de entregarme en los brazos de la primera ayuda que apareciera, y ese descubrimiento me desagradó aún más.

Por la tarde me dijeron que el psiquiatra ya había firmado la orden de salida y le permitieron a Diego firmar como acudiente. Me entregaron una receta con la lista de medicamentos, una bolsa con mis cosas, una cita para dentro de un mes y la advertencia de que, por haber estado interno, no podía venir a visitar a nadie -yo quería visitar a M. La busqué y nos dimos un beso a escondidas. Le dejé diez mil pesos a T. y me despedí de todos los que encontré en el camino de salida. ☺





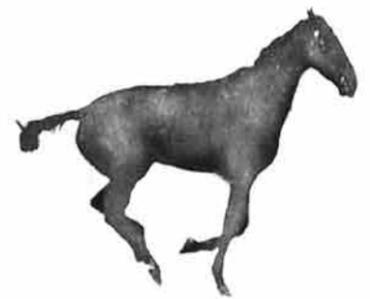
Juan David Henao

Cogito.

Impresión digital sobre papel guarro.

120 x 16 cm

2010.



No sembramos pa' semilla

por ANA LUCÍA CÁRDENAS

Ilustración: Marlon Vásquez

La gente dice que al fin el mundo se acabará de un solo tazo este 2012. Nadie me toma en serio cuando declaro mi deseo de que así sea. Pero no señores, el mundo no se va acabar así no más después de tres días de oscuridad. El fin del mundo, para que lo sepan, comienza con una noticia que anuncia que más de dos mil bultos de semilla de papa sin certificado, traídos desde el altiplano cundiboyacense, fueron incautados por el ICA en el municipio de La Unión. En la noticia salen dos o tres paperos, que se ve que son de toda la vida, diciendo que van a perder toda la inversión y la cosecha de este año. El narrador de la nota explica que La Unión abastece gran parte de la demanda nacional de papa, y que los productores están preocupados porque además de que la semilla certificada no está disponible, a veces, como en la cosecha de 2010, tiene graves problemas de calidad.

Una trompeta apocalíptica suena en mi cabeza y deja un eco de tres palabras: semilla, certificada, calidad. Recuerdo la vez que hice un proyecto con una entidad certificada por el Icontec; al final tuve que llenar un "formato de evaluación" en el que en la mitad de las preguntas me tocó poner: N.A. -No Aplica-. Desde ese momento supe que las certificaciones son el universo de aquello que no aplica. Las semillas, por otro lado, son el insumo primordial de la agricultura, esa que fue nuestra primera ciencia aplicada. Es decir, semillas y certificación no parecen ir de la mano. Se nos vino el pandemónium encima, pensé yo, así que me puse a buscar y me di cuenta de que las trompetas están sonando hace rato.

Primera trompeta

Hace como nueve mil años el hombre se cansó de andar de árbol en árbol, de bosque en bosque viendo a ver qué le daba la naturaleza, así que decidió cultivar la tierra y conquistar la posibilidad de que su comida dependiera de él y de nadie más: lo que hoy llamamos "soberanía alimentaria". Al igual que otros inventos importantes, como el fuego, la ciencia de la agricultura pasó a ser un bien común. La guerra vendría a aportar lo suyo: vinieron grandes hambrunas y con ellas la necesidad de hacer algo para producir comida rápido y en abundancia. Se trataba del "sálvese quien pueda", y unos cuantos adelantados se dieron cuenta de que había una oportunidad tras la combinación de los insumos de la guerra y las imaginaciones que produce el hambre: unos químicos que sobraron después de las matanzas podrían servir para producir comida rápido. Entonces se inventó la agroindustria, que a través del uso de pesticidas hizo posibles grandes monocultivos. Ya no se trataba de cultivar varias especies en el mismo pedazo de tierra para

evitar naturalmente que las plagas les ganaran a las plantas. Grandes poblaciones acostumbradas al hambre agradecieron el invento, pero el precio resultó muy alto. La puesta en marcha de esta genial idea mereció un nombre lindo: la revolución verde. En esos días fue que el mundo se empezó a acabar.

Segunda trompeta

Las grandes empresas que se inventaron la agroindustria dedicaron los siguientes años a ocuparse del negocio de la alimentación para los animales que luego servirían de alimento a los hombres. Se hicieron populares las grandes extensiones de tierra ocupadas por monocultivos de maíz y soya, con la



idea de que si nos íbamos a comer esos animalitos, mejor que estuvieran bien alimentados. Y fueron por el paquete completo, el mismo que se ocupan de vender en una cadena que se está volviendo obligatoria: semillas "mejoradas" en laboratorio -no se las comen los bichos- que hay que comprar al dueño que las inventó, el mismo que vende los potecitos de veneno que necesitan para que de verdad no se las coman los bichos, más el abono que las hace fuertes para que ahora sí de verdad no se las coman los bichos.

Tercera trompeta

Cincuenta años en ese trabajo tan duro, y fueron a ver y se encontraron

con que el negocio de la alimentación de las personas ocupa el tercer lugar en movimiento de dinero en el mundo, después de las armas y los medicamentos. Y a que no adivinan: el 70% de este negocio está en manos de los pequeños productores, de la gente que cultiva menos de dos hectáreas; sí señor, de los campesinos del mundo que de a pedacitos sostienen el tercer sector más grande de la economía del planeta. Y qué desperdicio, ya teniendo la infraestructura, los laboratorios, entrados en gastos -y viendo la posibilidad de que esos gastos se conviertan en ganancias multimillonarias-, pues qué pendejada, le metieron la mano a eso.

Siendo dueños del desarrollo de doce o trece semillas de alimentos bá-

sicos (maíz, soya, cebada, trigo, lentejas, tomate, papa, y algunos más, casi todos transgénicos), lo que había que hacer era buscar la manera de obligar a la gente a comer de eso y de nada más. Entonces se encontraron con que había unos países donde abunda la biodiversidad, que no es otra cosa que la combinación de una buena tierra, un buen clima y pueblos ancestrales que con paciencia han ido creando naturalmente, a punta de sembrar y compartir, de observar y volver a sembrar, múltiples variedades de, por decir algo, maíz, frijol o habichuela. En estos países la negociación de tratados de libre comercio tiene un capítulo carnudo sobre el tema de licencias agroindustriales.

Cuarta trompeta

Prepárense, porque a partir de este momento, como en fin del mundo que se respete, todo se vuelve una locura donde nada es lo que parece y las contradicciones llegan hasta los límites del absurdo. Llegamos a Colombia, donde existía algo que el gobierno y los científicos de la agronomía habían diseñado para protegernos de la entrada de seres vivos extranjeros que pudieran poner en peligro las especies endémicas y la salud de las personas. La ley decía, básicamente, que para traer semillas y productos agrícolas nuevos debían hacerse pruebas de laboratorio para determinar que dichos productos no harían ningún daño a las personas o al ambiente de la acogiera; se trataba de una normatividad dirigida a los transgénicos. Para los que no sepan, los transgénicos son plantas creadas en laboratorio, mediante un proceso que pretende mejorarlas a través de la inserción de un gen de otra especie en la cadena de su ADN; así, existen tomates con genes de salmón que los protegen





có el código penal para proteger los derechos de propiedad intelectual sobre semillas mejoradas; es decir, se abrió el festival de las patentes de semillas. Esta ley dice que solo son legales las semillas certificadas (que no portan ninguna enfermedad) y patentadas (propiedad de un dueño confiable, que las inventó, y a quien sea posible reclamarle); y en busca del beneficio de la salud (que no les importa mucho en el tema de los transgénicos o de los agrotóxicos con los que hay que mantener vivas las plantas certificadas) todo lo “similarmente confundible” a estas semillas es ilegal. Quien no se acoja a dicha ley podrá ser multado hasta con 26.000 salarios mínimos diarios legales, o tendrá que purgar hasta ocho años de cárcel.

Sexta trompeta

En este momento, con base en la Resolución 970/2010, todo aquel que cultive la tierra y quiera comercializar sus productos deberá registrar sus tierras en el ICA, junto con todo el proceso que desarrollará durante el cultivo: las semillas, los pesticidas, los tiempos de siembra y recolección, el transporte y almacenamiento, con el fin de garantizar la sanidad de sus productos y la posibilidad de que se le haga seguimiento a los cultivos. Además, la Ley 1518 de 2012, que protege a dueños de patentes de las semillas, puede estar contradiciendo principios constitucionales; por ejemplo, el concepto de soberanía alimentaria que está en la Constitución. Será la Corte quien decida.

Séptima trompeta

Mi mente perversa se atreve a pensar algo que quizá sea demasiado obvio: en este momento, las empresas multinacionales de la agroindustria pueden tomar una semilla endémica de Colombia, mejorarla en sus laboratorios, cambiarle un gen por uno de pato para que flote, patentarla, y de esta manera convertir todo aquello “similarmente confundible” –incluyendo, por supuesto, la semilla original– en ilegal. Y los campesinos que la trabajaron, la domesticaron y la mejoraron naturalmente durante siglos serán criminales si no usan la que les venden en un paquetico.

El fin del mundo

Se llaman Dupont, Monsanto y Syngenta, son tres de las multinacionales de las que estamos hablando, y solo ellas manejan el 57% del comercio de semillas patentadas del mundo, además de la oferta de pesticidas e insumos industriales para la agricultura. Como si fuera poco, y como son tan queridos, son donantes de la fundación que tiene el más grande banco mundial de semillas, donde se guardan las que los gobiernos tengan a bien regalar para preservarlas del fin del mundo.

Como yo lo veo, estos tres son, en esta historia, los jinetes del apocalipsis. Y creo que no hay mucho por hacer, por la misma razón que creo que escribir esto no sirve para nada: usted seguirá comprando la comida en el festival de verduras del supermercado más cercano, cumpliendo con su bolsillo y sin saber que ese tomate lleno de venenos no se lo comen ni los campesinos que lo siembran; ellos saben que así de mal está la cosa. Pero eso es porque soy pesimista, de esos que cuando grandes queremos ser tan optimistas como las personas que trabajan junto a los campesinos de este país porque creen que es posible otro final para esta historia; o como los cultivadores agroecológicos que siembran y cosechan sin pesticidas de síntesis química, rotando los cultivos, proponiendo que la producción de semillas sea una ciencia de los campesinos. UC

del frío, y maíz con genes de bacterias que matan a un gusano depredador.

Pues claro que han hecho pruebas para saber si el consumo de dichas plantas es dañino, por supuesto que las pruebas que hacen las multinacionales encargadas de los “diseños” muestran que comer maíz con genes pesticidas no es dañino para la salud del hombre, nada más para las “malezas” que intenten crecer a su lado. Llegaron a esa conclusión dándole de comer transgénicos a las ratas del laboratorio, parece que algunas enfermaron de cáncer de estómago, pero está comprobadísimo que no tuvo que ver con los transgénicos sino con que las ratas tienen una predisposición que nosotros no tenemos.

En nuestro país la trompeta sonó en 2005 con la aprobación del Decreto 4525 que reglamentó el Protocolo de Cartagena, donde se simplifican los trámites y requisitos que se solicitaban para la entrada al país de productos modificados genéticamente. Ya no se tienen que hacer tantas pruebas, y se creó un comité dividido en tres partes: ambiental, de salud y agrícola, que evalúa las pruebas entregadas por los mismos solicitantes. Para denegar la entrada de una semilla al país las tres partes del comité deberán estar de acuerdo: eso sí, no podrán conversar entre ellas.

Quinta trompeta

Todo esto, es bien sabido, preparaba el terreno para la negociación del TLC con Estados Unidos, que exige que se abran las puertas a sus productos (como las semillas transgénicas) y se garantice, a su vez, la sanidad de los productos locales que se comprarán en sus tiendas y supermercados. Con la intención de hacer realidad estas garantías, el gobierno colombiano aprobó, en 2006, la Ley 1032, con la que se modifi-

Por amor a la vida, definiendo el aborto

por ANA CRISTINA RESTREPO JIMÉNEZ

Mi vientre ha sido el nido de cuatro embriones. Sólo tres alcanzaron a ser bebés.

Cada noche acobijo, les doy un beso y la bendición a mis tres hijos. Sí: hago la señal de la cruz padre-santo-amén, como lo hacía mi abuela y lo hace mi madre. Así.

Soy un compendio de historias conmovedoras, corrientes, aburridas y cursis sobre la maternidad.

Llegué a tener al mismo tiempo tres embriones dentro de mí. Cuando dos de ellos estaban desarrollados, mis amigas se divertían al verme “forrada” con camisetas de lycra: curiosas, dejaban de hablar de sus amores y desengaños, para observar, atónitas, las criaturas acomodarse casi rompiéndome la piel. Como las olas furiosas que auguran un tsunami: así ondulan los mellizos bajo mi blusa.

Durante los primeros meses de aquel embarazo, de altísimo riesgo, debí hacer inmersiones en agua con gas para calmar el ardor producido por mi alergia a la progesterona (sin la cual los bebés no podrían adherirse a mi vientre). Los últimos tres meses los pasé en cama. Nacieron en la semana 39. Y, como muchas gestantes, hasta el último instante le supliqué al padre: “si algo sale mal, elige que vivan los niños”. En ningún momento, y bajo ninguna circunstancia, mi esposo me respondió “sí”.

Luego parí a mi tercer hijo. Una niña, no planeada. Pero elegí tenerla.

Soy mamá y no promuevo el aborto, pero sí definiendo su práctica terapéutica y cuando es decisión libre de la madre. ¿Por qué?

La productora audiovisual Adriana Venslauskas, mi gran amiga, me dijo alguna vez: “vivir se trata de aprender a conjugar un verbo: elegir”.

Tuve mis hijos porque quise, cuando quise y con quien quise. Elegí las circunstancias, eso me ha obligado a ser responsable (las múltiples preguntas ontológicas generadas por la maternidad, además de las dificultades de la crianza). Nadie me obligó. No todas las mujeres que quedan en embarazo han tenido el privilegio que yo tuve: elegir.

Muchos imaginan que las defensoras del aborto integramos una logia de resentidas, que odiamos la vida y rechazamos la maternidad.

Este tipo de asociaciones basadas en el prejuicio no dan lugar a la explicación racional. Por supuesto, la interrupción voluntaria del embarazo tiene unos límites, los cuales están determinados por el desarrollo gestacional. Sin pretender ahondar en tecnicismos médicos ni en abismos filosóficos, un óvulo fecundado no es un ser humano y el momento de la concepción no insufla alma ni conciencia.

Referirse al aborto terapéutico y voluntario como un asesinato y criminalizar a la mujer que aborta es un abrupto que pasa por todos los estigmas establecidos por el machismo y la religión, cuyo gran vocero es el

Procurador Alejandro Ordóñez.

A los 24 años, cuando yo estudiaba en el exterior, cuidé a una niña de ocho años adoptada en Colombia. La habían encontrado recién nacida, prematura, en un basurero cerca del Hospital General. Cuando salíamos para clase de gimnasia, mientras yo la abrigo con su chaqueta, se detenía frente a un espejo: se ajustaba la trusa en el pecho para ocultar las profundas cicatrices de las operaciones a las que fue sometida cuando era bebé para salvar su vida.

Tuvo suerte de quedar bien. Su caso es excepcional.

En trabajos de campo en barrios marginales, he sabido de personas que practican abortos usando el alambre de un gancho de ropa. He conversado con adolescentes, quienes susurran en la calle y entre pupitres que el embarazo se interrumpe con brebajes de malta, metiéndose tampones con alcohol o Alka-Seltzer por el canal vaginal, comiendo papaya hasta vomitar y llegan al extremo de alquilar un caballo y montarlo sin parar, hasta ver su pantalón manchado de sangre.

Puras mentiras.

Obviamente, después resultan infectadas, aporreadas, hospitalizadas y, en muchos casos, siguen embarazadas.

Sería fácil llenar esta página de casos de abortos bárbaros, que podrían haberse realizado en una clínica, en condiciones de asepsia, como los que les practican a las niñas de estratos altos, cuyos padres ni se atreverían a hablar de un asunto tan escabroso.

El embarazo indeseado no es sólo el resultado de un acceso carnal violento sino de la aprobación social violenta: del incesto (estamos en mora de hacer un estudio sobre este fenómeno en Antioquia); del estatus social y poder que otorga a los jefes de bandas callejeras el poseer a una mujer y “esparcir su semilla”; de la estigmatización del uso de métodos anticonceptivos (dicen que eso es para putas); de la promoción del impreciso método del ritmo.

Y lo más absurdo, a mi juicio, la alcahuetería de las abuelas y demás legitimadoras sociales al hacerles creer a las jovencitas que ser madres es el destino “único” de la mujer.

¡La maternidad es hermosa cuando es el fruto de una decisión libre!

Amo a mis hijos –¡mis tsunamis, mi calma!– más que a mi propia vida. Y mi bendición para ellos no es la que me enseñaron las monjas del colegio: mi Dios es otro, heterónimo, sin Iglesia. Cuando mi mano derecha dibuja la cruz en el aire representa al Cristo en quien sí creo, el que murió para salvar. Dios mismo permitió el sacrificio de su hijo para salvar a otros.

Defender el aborto como práctica necesaria en diversos casos y como producto de la decisión responsable de la mujer, es una consecuencia de mi amor a la vida.

Soy mamá, creo en Dios, y definiendo la práctica del aborto porque considero fundamentales los derechos a la auto-determinación y, sobre todo, a la vida digna. UC

Estilario

por RAÚL TRUJILLO

Exclusivo para UC desde Buenos Aires



Bárbara ¿es una muñeca Barbie?

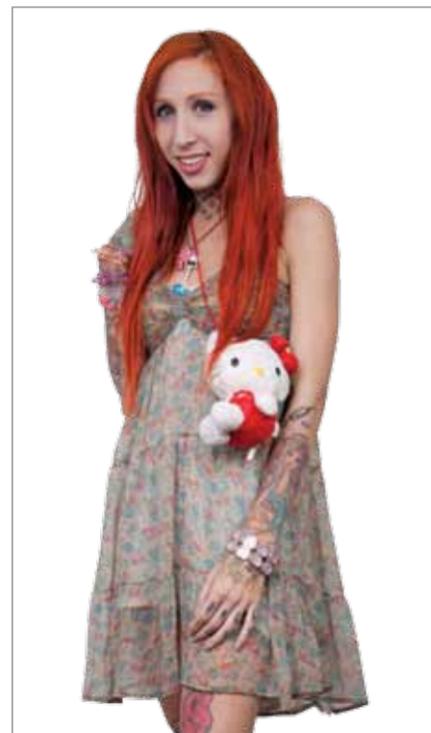
Los iconos que los medios han construido e idolatrado desde mediados del siglo XX ya venían yuxtaponiéndose desde su origen. El pop incluyó en su imaginario de marcas, fetiches y logos a la bastarda copia punk, a la réplica aparente y burguesa y a la lujosa original. Pero allí no terminó. Hoy su crítica a la consumista masividad continúa y es ahora que empezamos a contemplar cómo se tunean y fraccionan estas "marcas" al ritmo que son apropiadas por los chicos en sus estilos más fashion freak con permiso de Diosa Gaga y su estilista Formichetti. Vemos ahora en nuestro centro lo que es capaz desde la estética la dolly joy, estilo que a principios de este siglo intentábamos definir en el street visión. Mezcla de valores lúdicos y picantes con niñerías y creativas apropiaciones reconocibles por su saturación de íconos con actitud inocente de eterna muñequita de papa.

"La vi sentada en un murito del parque y le pedí que se dejara fotografiar para UC, inmediatamente dijo que sí y entramos a El Guanábano a hacer las fotos. Cuando le tomé las primeras con el vestidito, me preguntó que si se lo podía quitar... La otra pinta la tenía debajo y no precisamente para las fotos. Dice que le gusta tatuar y dibujar", me cuenta Juan cuando me pide hacer el estilario de Bárbara, y añade "espero que te guste". ¡Pero cómo no me va a gustar si me da tanto de qué hablar!

Una muñeca Barbie había escondida tras el velo romanción del vestidito baby doll en muselina de ramos de rosas y con volados y ruches. Se camuflaba de rosas, se ocultaba con gesto de timidez infantil y rastros del pasado emoticón acompañados por la gadget carterita de peluche Kitty, una muñeca con evidente carga sexual. Algo ya venía tejiéndose entre los logos y heráldicas del monograma LV —Louis Vuitton— que muchas, tanto pobres como ricas, han portado en sus bolsos y carteras, pero que Bárbara, nuestra espontánea "estilada", como gargantilla o bufanda al cuello se lo tatuó. Estos accesorios de monograma que hace más de una década recubren las aceras atestadas de turistas y locales, vendidos por migrantes africanos en las calles de Milán, Londres, Sao Pablo o NY, a nosotros llegaron por El Hueco y las señoras chic de la ciudad. Se han globalizado en versiones de todo presupuesto entre oro y oropel, "muy parecido de lejos si se ve" (sic)... aseguran algunas de las entusiastas clientas que lo prefieren en productos de merchandising y dutty free. Pero insisto, Bárbara se marcó con él.

Otro logo, el "muñeca Barbie", pero la imagen es una Candy —otro cómic de Yumiko Igarashi— con pelo de Jem. Jem ahora es pasión después de veinte años entre las "fanáticas" que suplantán a los fashion victims en su labor de masificar. Retro ochentas. "Fama... la, la, la, la... moda y glamour, estilo y belleza, eso Jem. La la la la laaaa... me llamo Jem! Soy brillante, soy excitante, me llamo Jem". En la web refresco el estribillo que sirve de cortina mientras en la pantalla brillan siluetas de figurín holograma con colores contrastantes edulcorados y flúo neón. Los azucarados cupcakes son una delicadeza en su ternura barroca, y cortos se quedan cuando con una sincera sabiduría y perversión se resaltan los iconos re-visados entre una corriente contaminada y surreal. Vida e imagen son lo mismo ahora; personalizada, la creación es el propio autor. Nada está puesto en su lugar por error. Pensados como antojo están retazos de los íconos como una red confusa que envuelve a nuestra Bárbara en su pálida languidez. Además de la imagen impresa que pareciera actuar de etiqueta en fucsia, va también un corset de ojallillo con minuciosa aplicación de rositas y moños de cinta, encajes con lentejuelas lila y perlas de diversos tamaños. Y en la piel logramos reconocer un zombie verde, una sirena, ramos de flores, angelitos, corazones, palabras y seguramente algunos otros fetiches e ideogramas que la diminuta falda de arandelas en satén elástico al corte, en azul eléctrico, no nos deja ver.

¡Bárbara! Sí, bárbara ella con sus zapatitos valerinas y pulseras de corazones y punks de púas de azúcar y goma con glitter que nos pone a pensar. Bárbara contradicción con el pelo cobre alisado tal cable pelado, que a la vez sonrío con impecable maquillaje perlado y expresión de candidez. UC





Presenta:

¿El Matrimonio?

Con Juan Machado



Uno se casa por inexperiencia se divorcia por falta de paciencia y se vuelve a casar por falta de memoria

Desde el 20 de Septiembre 8:00 p.m.

Funciones de Jueves a Sábado



La CasadeCrisanto

La Casa de Todos

Tel: 265 07 06

Produce



UN APÓSTOL CERVECERO TIENE

2 GRANDES RAZONES PARA AMAR EL OKTOBERFEST

TIPO MÄRZEN

100 años el estilo oficial del Oktoberfest

TIPO HELLES

El estilo más consumido en el Oktoberfest



WWW.APOSTOL.COM.CO



Prohibase el expendio de bebidas embriagantes a menores de edad, Ley 124 de 1994. El Exceso de alcohol es perjudicial para la salud, Ley 30 de 1986.

Ilustración por Daniel Gómez Henao

Calle 27 Sur N° 43A - 61
Teléfono: 448 24 04
www.otraparte.org
Horario de atención:
3:00 p.m. - 11:00 p.m.

LA LIBRERÍA DE OTRAPARTE



Cuando éramos el peor equipo del mundo

por RAFAEL ALONSO MAYO

Ilustración: Cachorro

Imagine que usted es jugador de fútbol de una selección nacional. Imagine que alguna noche, durante un partido oficial, su contrincante le mete 31 goles a su equipo y su selección no logra encajar, siquiera, el gol de la honrilla. Imagine un estadio repleto de hinchas del equipo contrario que celebran con júbilo el sabor de la victoria, y usted no hace otra cosa que sacar los balones de la red mientras se desbarata de la impotencia. Imagine, por un momento, que usted y su equipo son los peores del planeta con una pelota en los pies.

Aquello ocurrió en realidad el 11 de abril del 2001 en un partido por las Eliminatorias al Mundial de Japón y Corea. Le sucedió a Samoa Americana, un humilde equipo del Pacífico Sur que apenas se iniciaba en una eliminatoria mundialista. Esa noche Samoa terminó siendo goleada sin misericordia alguna por una crecida Australia, en un partido que pasó a la historia por el abultado marcador de 31 goles a 0.

El delantero de origen neozelandés, Archibald Gerald Thompson, 1,71 metros de estatura y 23 años, fue el protagonista del encuentro, el verdugo, el responsable de 13 de los 31 goles de la noche. El antagonista, el portero samoano Nicky Vitolio Salapu, 23 años y 1,86 metros de altura, quien quedaría registrado en las estadísticas como el peor guardameta de la historia del fútbol.

El equipo solo sabía perder y perder y hasta parecía normal que después de cada partido los jugadores regresaran a su casa con 8, 10, 12 y hasta 15 goles en el menaje del utilero. La historia se había repetido por varios años, desde que Samoa debutó internacionalmente con la Fifa, en agosto de 1983. Las cifras dicen que en sus apariciones por eliminatorias mundialistas Samoa Americana ha acumulado 131 goles en contra y apenas 5 a favor. En la primera eliminatoria mundialista en la que participó, Samoa Americana alcanzó a jugar cuatro partidos y encajó 57 goles. Para Alemania 2006 algo había mejorado: en cuatro juegos solo recibió 34 goles. Y en las Eliminatorias al Mundial de Sudáfrica 2010 la cifra aumentó a 38 goles. Por eso no parecía extraño que hasta hace unos meses —en noviembre de 2011— aquel equipo ocupara el puesto 204 en el ranking de la Fifa. Una posición poco decorosa para cualquier seleccionado.

“El fútbol es un deporte en el que se pueden dar tres posibilidades: ganar, empatar o perder. Para nosotros es un juego con una sola opción, perder”, sentenció el ex seleccionador Tunoa Lui hace más de una década para describir la realidad del fútbol de ese país. Argumento que confirmaría años más tarde el entrenador holandés Thomas Rongen, al asegurar que la mentalidad del equipo en cada partido siempre había sido “poder encajar menos de 10 goles”.

¿A qué se debe que una selección esté entre las más malas del planeta? ¿Qué méritos debe tener un equipo para quedar rezagado al último lugar de la tabla?

Tal vez una de las causas sea la poca tradición en la práctica del fútbol que hay en este diminuto país con poco más de 60 mil habitantes, ubicado entre las islas Hawái y Nueva Zelanda. La Federación de Fútbol de Samoa Americana (FFAS) tiene pocos recursos para apoyar a sus futbolistas y su liga es demasiado joven. El único equipo de cierto nivel es Pago Youth, destacado en la liga masculina y femenina local.

Otros aseguran que el problema se centra en la baja autoestima de sus jugadores, mancillada por las constantes derrotas del equipo.

Es cierto que si de deportes se habla en Samoa Americana el rugby tiene más seguidores que el fútbol, pese a que en los últimos seis años la Federación viene recibiendo apoyo de la Fifa para estimular su práctica entre niños y jóvenes escolares, así como para la construcción de instalaciones adecuadas para este deporte. Podría pensarse entonces que algo de este proceso ya debería empezar a notarse en el equipo de fútbol de mayores.

La selección de ese país parecía estar destinada al fracaso, pero en la tarde del 22 noviembre de 2011 algo cambió para los protagonistas de esta historia.



Ese día, en el estadio Joseph Blatter, de Apia, la capital de la vecina Samoa Occidental, Samoa Americana venció por dos goles a uno a la selección de Tonga. Los jugadores Ramin Ott (minuto 43) y Shalom Luani (minuto 74) fueron los encargados de darle la alegría a todo el país que anhelaba una victoria. El descuento lo anotó Lafaele Moala (minuto 88). Unos 300 espectadores celebraron con emoción el primer triunfo de la blanquiroja oceánica. Era el primer encuentro que abría las Eliminatorias de Oceanía para el Mundial de Brasil 2014.

En la portería de Samoa Americana estaba Nicky Salapu, el mismo que diez años antes había visto caer su valla en 31 ocasiones. Salapu supo aguantar la presión del rival que en los últimos minutos del encuentro buscaba afanosamente el empate. Supo atajar dos balones de gol con la experiencia de un veterano de muchas guerras perdidas, y de cierta manera el triunfo fue mérito suyo.

El árbitro puso fin al encuentro y lo que siguió a continuación fueron aplausos, alegrías y lágrimas de felicidad. El cuerpo técnico, con el holandés Thomas Rongen a la cabeza, celebró entre aplausos y todo el país se regocijó con la primera victoria del equipo en una competición Fifa.

“Es tremendo, es obviamente algo muy especial para las islas”, sentenció al final del partido el técnico Rongen. “No creo que la gente sea realmente consciente de lo que ha pasado”, dijo emocionado. “Siento que ahora el mundo sabe algo más acerca de esta pequeña nación, y le tiene un poco más de respeto. Es una victoria muy grande, es algo histórico...”.

Y continuó diciendo: “ahora somos un equipo que cree en sí mismo. Hasta ahora no habíamos creído que podíamos ganar un partido... Ahora creemos en nosotros...”.

Lo que siguió a ese triunfo fortaleció el ánimo de sus jugadores, a pesar de haber quedado por fuera de la competencia para el Mundial de Brasil. Dos días después empataron a un gol con las Islas Cook y luego perdieron por un gol a cero con el equipo de Samoa Occidental. Ahora Samoa Americana se ubica en la posición 182 en el ranking de la Fifa y el colero tiene nuevo nombre: Turcas y Caicos, una isla caribeña cercana a Haití y República Dominicana, donde poco importa ser el peor equipo del planeta.

Pero sin duda, las palabras que quedan en la memoria, pese a que Samoa Americana no clasificó a la siguiente ronda, fueron las que el portero Nicky Salapu, entre lágrimas, le dijo al técnico Rongen luego de terminar aquel histórico encuentro: “ahora puedo decirle a mis hijos que soy un ganador”. UC



La piscina ahogada

por RUBÉN VÉLEZ

Detrás de la añoranza y la fraternidad que despierta el álbum de familia están siempre las historias negras. Las que solo se escribirían al respaldo de las fotos escondidas bajo llave. En *La piscina ahogada* las fotos avivan una memoria que se debate entre la sinceridad y la perversión.



Rubén Vélez,
La Piscina Ahogada,
Hombre Nuevo Editores,
Medellín, 2011.

Dicen que está cesando la horrible noche



Miren y admiren la foto estelar del álbum de la familia Vélez González. Corre el año de 1956. Como ya van y vienen menos balas por la tierra del café más suave del mundo, podemos pasar las vacaciones en “La Humareda”, una finca del suroeste antioqueño que de milagro no quedó reducida a ruinas humeantes (seamos desmitificadores: ese milagro se debió en gran parte a la determinación diurna y nocturna de mi papá y sus agregados). La sonrisa Colgate de mi mamá nos prohíbe pensar en los horrores de La Violencia. Pese a que ella la ha pasado mal (mil noticias desmoralizadoras, dos nuevos hijos al mismo tiempo), insiste en ganarse la simpatía de la cámara. Del monstruito que acecha en la penumbra sabemos que no da guerra. ©

Manecita incompletica, muy competente yo te haré

El aparato del tío Eligio me inspiró la primera paja de mi vida. Ese inmenso tronco que orinaba contra un árbol me expulsó del país de la inocencia. Y Rubencito se frotó el pepino con su trunca mano y atrás quedó su tranquilidad de beato. En Salgar empecé a ser un salido. En Salgar se me salió el sátiro. En esa tierra de Violencia, donde yacen cuatro astillas de un árbol que no da sombra ni asombros, experimenté por primera vez la violencia del deseo. Tío Eligio, no viviste en vano: gracias a tu grandeza de caballo, empecé a crecer como homo ludens.

(“Arabia”, San Antonio de Prado, 1961. ¿Qué sabe mejor, el bizcocho de la Primera Comunión o la manzana del pecado? En el gallinero de esa finca de clima templado empecé a derrumbarse mi inocencia. Ahí aprendí una maniobra veterinaria no apta para polluelos. A mí me han tentado muchas veces en mi larga vida de ave del paraíso. Por lo general, sin arte, sin sabiduría. No nos hemos preocupado por librar los dedos de la jaula del anal-fabetismo erótico). ©



¿Quo vadis, marica?



Moncho, qué destino más moncho el de ese hijo tuyo que sacaba cinco en todo, menos en educación física (¿quién iba a imaginar que nuestro ruiseñor, después de los cuarenta, se aficionaría a los hierros de gimnasio? Un día de estos habrá que hablar de la homosexualidad como motor de quijotismos de quincalla). Por haber cortado con tus consignas bolivarianas, ya “hecho y derecho”, no me vi dentro de una casa respetable (por ejemplo, el Palacio de la Gobernación), sino en una sala de cine zafio y salaz (por ejemplo, “Cine Metro”, donde te hacen unas mamadas magistrales que te dejan manso). Ambos templos, el del poder y el joder, mejor dicho, del Joder y el pasarla bien, quedan en el sector de Guayaquil, que fue del todo guache por muchos años, y ahora es medio eso y medio tedioso (medio oficial): otro paraíso perdido. Cuando me dirigía a la sala de las felatio felices (ya la descarto porque se ha convertido en un reducto de bocas desdentadas), tenía que rozar la torre del gobernador, que entonces ocupaba un muchacho de alma y empaque extemporáneos que había conocido en la Facultad de Derecho (no como manda la Biblia, no seas mal pensado; ten presente que en ese pasado fui una especie de testigo de Jehová). Y me decía, Rubén, Rubén, ¿qué has hecho de tu vida? ¿No te deshace pensar que ese paisano tuyo no demora en llegar a Roma? Él, a un paso de la meta, y tú, en la cuneta más sórdida. Ya en la oscuridad, mientras me deshacía a la manera que sugería la pantalla, me apiadaba del salgareño que se salía con la suya. Pobre hombre; él, por ambicioso (el solio de Bolívar y la solución de un volcán bolivariano), no puede llevar la vida de libertino que tú llevas: no puede ser casi libre.

(Una pose cesarista de 1982. “Va a ser el retrato de tu vida”, me aseguró Francisco Vargas, el autor de esa imagen. No lo fue. Cuando la veo, no aparezco yo, sino la sombra del fotógrafo. Un año después de que yo posara para su cámara, con una estola que él me prestó, le quitaron la mirada y lo demás. Otro cuchillo homofóbico. Y otro crimen que quedó impune. ¿El retrato de mi vida? Viéndola bien, mirándola, sí. Es la única imagen de mi álbum que me anima a charlar con mi propia calavera. La sombra de Pachó es eclipsada por la de Hamlet). ©

El ladrillo barroco de Jethro Tull y su auto sacramental

por JOSE GABRIEL BAENA / RAYADURA ALZHEIMER

Creída a finales de los años setenta por el músico escocés Ian Anderson, la banda Jethro Tull obtuvo su primer gran éxito con el álbum argumental o conceptual *Acqualung*, que criticaba sin clemencia la religión oficial inglesa a través de personajes como el mendigo que da nombre al disco, alcohólico y pedófilo, su amiga, la prostituta bizca y menor de edad. Pero el formato íntegro llega para Tull con los álbumes posteriores de 1972 y 1973: *Thick as a brick* y *A passion play*, dos extensos y arumadores trabajos de excesiva genialidad, que solo fueron comprendidos con el paso de los años, e incluso “descifrados” como si tuvieran claves y “personajes” ocultos. No creemos que haya habido tal cosa, y el compositor Ian Anderson siempre se ha burlado de sus hagiógrafos y de quienes buscan diferenciar y “registrar” los diferentes niveles de folk inglés, jazz, influencias de la música clásica, rock

puro, entre otros. Si *Acqualung* todavía tenía canciones diferenciadas, *Thick as a brick* es, como su nombre lo indica, “macizo como un ladrillo”. De nuevo los expertos insisten en deschavetarse buscándole cantidades de etimologías o familiaridades filológicas, hasta llegar al extremo de “sordo como una tapia”, al otro lado de los significados.

Todo arranca desde el propio diseño gráfico del álbum, presentado como un periódico rural de doce páginas, *The St. Cleve Chronicle*, donde se anuncia que un niño de ocho años llamado Gerald Bostock, a quien apodan ‘El Pequeño Milton’ por el famoso poeta inglés del *Paraíso Perdido*, ha sido descalificado de un concurso literario organizado por la Slag (sigla de Sociedad para el Avance y la Gestación Literarios, que en inglés significa escoria). Primer insulto. El pequeño Bostock ha leído su extenso poema en vivo en un programa de la BBC TV, recibiendo centenares de amenazas y protestas de la gente bien. Dice

la noticia del periódico que un panel de jueces ha aprobado la descalificación del poema por recomendación de cuatro destacadísimos psiquiatras que arguyen que la mente del niño está seriamente desequilibrada y que su obra es el producto de una nociva actitud hacia la Vida, su Dios y su País. Al niño le recomiendan tratamiento psiquiátrico sin demora. La noticia se extiende a cinco columnas y en un aparte anuncia que acusan también al pequeño Milton de haber dejado en embarazo a su compañerita de catorce años, Julia, con quien escribe poemas en compañía. Julia aparece en la fotografía de la portada con la falda muy alzada y el pubis depilado, o sin calzoncitos, juzgue usted.

Todo el falso periódico es una delicia, y, por supuesto, en páginas interiores trae el singular poema *Thick as a brick*, además de una crítica adelantada –no muy benéfica, por cierto–. En suma, uno se imagina al pequeño Milton en lo alto de una montaña, como un profeta antiguo, lanzando latigazos a su pueblo, insultando a los sabios, clamando por los humildes, alabando a la madre Natura con sus catástrofes y cosechas, llamando a una vida más justa y menos idiota.

Realmente no me importa si dejas esto a un lado. Mis palabras son solo un susurro y tu sordera es un grito. Yo puedo hacerte sentir pero no puedo hacerte pensar. Tu esperma está en el desagüe y tu amor en el lavadero. Y ustedes cabalgan por los campos y hacen sus negocios animalescos y vuestros hombres más sabios no saben cómo se siente ser tan estúpido como una tapia. Y las virtudes hechas como castillos de arena son barridas por mareas destructoras en la confusión moral. Y el amor que siento está tan lejos: Soy un mal sueño que tuve hoy y tú mueves la cabeza y dices que es una lástima. Hazme girar por los años y por los días de mi juventud. Descorre las cortinas negras de encaje y deja fuera a la verdad. Hazme girar por las épocas idas: déjalas que canten su canción... El Poeta y el Pintor lanzan sombras sobre el agua, mientras el sol juega sobre la infantería que regresa de la mar. El hacedor y el pensador no se hacen concesiones mientras la luz que declina ilumina la fe del mercenario. El fuego del hogar ardiendo, la tetera casi hirviendo, pero el amo de la casa está muy lejos. Los caballos patean, su cálido aliento forma nubes en la diáfana y helada mañana, y el Poeta alista su pluma mientras el soldado enfunda su espada... Déjame contarte los cuentos de tu vida, del corte y la estocada del cuchillo, de la opresión sin descanso, la sabiduría insinuada, del deseo de matar o ser matado. Déjame cantar de los perdedores que yacen en la calle mientras el último bus se va. El pavimento vacío, las cunetas ensangrentadas, y el loco brinda por su dios en el cielo...

Esta es escasamente una cuarta parte del poema sinfónico que se desgaja en 44 minutos sin descanso. Hoy, cuarenta años después, el compositor Ian Anderson se ha dejado por fin convencer de sacar una segunda parte de *Thick as a brick*, donde vemos el rumbo que tomó la vida del pequeño Milton.

Nota: Para lograr que las emisoras emitieran los difíciles “aportes sólidos” de la obra, los agentes de la compañía de Tull, Chrysalis Records, repartían cuadernitos donde les indicaban a los locutores en qué minuto de la obra arrancaban o paraban, con algún título indicativo, lo cual no existió nunca en el LP.

A passion play

Después de la “oscuridad letrada” de *Thick as a brick*, en 1977 la banda se trasladó a Francia para grabar en el ruinoso estudio del Castillo de Heuville, con el fin de ahorrarse los impuestos del 50% que cobraba el gobierno inglés a los creadores (todavía). Ian quería grabar un álbum doble que superara en complejidad a *Thick as a Brick*, pero las condiciones del estudio eran tan deplorables que después de unos meses cortaron con el proyecto y se volvieron a Londres. Anderson logró rescatar material suficiente para un solo álbum de 44 minutos largos, y el resultado fue el maravilloso *A passion play*, que ningún crítico se dio el lujo de entender; el resto del material se usó después en otros discos. Tuvieron que volver a apelar a los papelititos explicativos para las emisoras, una especie de argumento donde aparecía un sujeto llamado Ronald Pilgrim, y hacer correr la voz de que se trataba de una neo *Divina Comedia* sobre la muerte, juicio, resurrección y escape del pobre Peregrino/Pilgrim, tanto de las garras de una hermosa angelesa y un Cristo furioso, como de los embates de Satanás. Un misterioso Mago Perdé salva a Pilgrim de cualquier tentación metafísica y lo pone de nuevo pies en tierra, mientras su cortejo fúnebre va por la Calle Fulham rumbo a los campos de la eterna paz. Hace unos treinta años un crítico español intentó estudiar el asunto de la obra como un “auto sacramental” del Medioevo, y esa sería quizás la aproximación más justa, dado que es tan teatral como aquellos autos religiosos de la negra época, tan tenebrosos que en mitad de la obra solían recrear un cuento corto para niños, como lo hace Jethro Tull en *A passion play* con la divertida y absurdahistoria de *La liebre que perdió sus espejuelos*, homenaje a Lewis Carroll. Es la tesis falsa más probable. Ahora, hoy sábado, enviad a la familia al cine y sentaos a oír de un solo golpe los dos álbumes. Con estos casi noventa minutos de exquisito rock en la cabeza se puede pasar un mes sin metadona. Ahí nos vemos, pues. UC



FRACTAL TEATRO

Del arte, parte y todo.

Cra 42 # 54-50. Tel: 239 81 25
fractalteatro@gmail.com
www.teatrofractal.com
www.facebook.com/fractalteatro
 Twitter: @fractalteatro

ceres
Mercado Orgánico

Ceres, Mercado Orgánico es una alternativa de consumo consciente y solidario con los campesinos agricultores, los animales, el medio ambiente y la salud. Nuestros productos son libres de agrotóxicos y transgénicos

Hortalizas, frutas, conservas y procesados
 Granos, Semillas y germinados, panadería artesanal
 Hierbas aromáticas, delicias vegetarianas
 Línea de hogar y aseo personal

Por tu salud, la de tu familia, y por respeto al medio ambiente:
¡Consumo alimentos sanos y orgánicos!

☎ 266 5360
 📍 Carrera 35 # 8a 3. Barrio Provenza
 @ contacto@ceresmercado.com
 📺 Ceres, Mercado Orgánico
 🌐 www.ceresmercadoorganico.com

Hombre Nuevo Editores

www.hombrenuevoeditores.com
 Tel. 2 84 42 02 Cel. 313 745 14 34
 e-mail: hombrenuevoorozco@gmail.com

VEN Y disfruta

Mar y Cuba
restaurante bar

comida de MAR
AL SON DE LA HABANA

tel: 2398291
 calle 53#42-13
 2do piso

FLORES y SABORES

Los mejores **NACHOS de Medellín** y almuerzo gourmet todos los días! en la esquina amarilla de Palace con Cuba

Atendemos eventos y fiestas.
 Domicilios tel: 254 49 57
 Carrera 50 No. 59 - 13
floresysabores@hotmail.com

Visítanos en

Octubre 2012
 Sarah Kane
CRAVE

Jueves 4, Viernes 5 y Sábado 6 - 7:30 pm
 Domingo 7 - 5:00 pm

Estreno **Amor de Fedra** Octubre 18 a 28
 Jueves a Sábado 7:30 pm Domingos 5:00 pm

corporación teatral **CAJA negra**
 Teléfono 239 25 41
www.cajanegrateatro.com

CAJANEGRATEATRO
 @cajanegrateatro

FRANCAIS / ESPAÑOL

300 865 44 94
ar-cursos@hotmail.com
facebook.com/ar.cursos

CURSOS
 GRUPALES O INDIVIDUALES
 GENERAL ES INDIVIDUALES

INGENIERIA / DISEÑO
 300 865 44 94
ar-cursos@hotmail.com
facebook.com/ar.cursos

BUENA COMPAÑÍA S.A.S
 Plataforma Estratégica

Soluciones en Gestión Humana

Contáctenos:
www.buenacompania.com.co
 Tel. 251 58 55

lenteja express

Comida Rápida Vegetariana

Hamburguesas
 Nachos
 Lasagnas
 Quesadillas
 Ceviche
 Jugos naturales

Centro calle 53 # 42 25 Cel: 239 812 30 88
 Poblado calle 25 No. 78 Provenza Cel: 200 879 88 36
lentejaexpressmedellincolombia@gmail.com
 Encuétranos en facebook: hamburguesa de lenteja vegetariana

RETRO

DECORACION CLASICA CONTEMPORANEA

VENTA - ALQUILER

CI19 #43b -151 El Poblado Medellín Tel.:266 66 79

El verdadero sabor de Perú y México

Lupita

PRESENTA
 TODOS LOS VIERNES
LEÑA VERDE
 Enfoques de luchas los tiempos, 70 S - 80 S - 90 S
EN VIVO

Lupita PeruMex
 Lupita Peruamexicana

DOMICILIOS 218 27 41
 RESERVACIONES
 Carrera 43 No. 52 - 40
 (Girardot entre La Playa y Maracalbo)

ARTESANIAS ROSALBA VIDAL 30 años

Materiales para manualidades y artes

Presenta este cupón y obtén un **7% de descuento** en compras mayores de \$15.000

Telefono: 251 65 49
 Dirección: Carrera 47 # 50-14

Cupón válido sólo en el centro



Juega con tus cartas limpias, en el juego de la vida, al morir nada te llevas, vive y deja que otros vivan...

Daniel Santos "en el juego de la vida"



LATINASTEREO EN TODAS PARTES • BURURÚ BARARÁ CALLE 56 # 51d-70 ZEA CON CARABOBO 312801 4415



En la sala de la cabaña, Alejandro separa las piernas cinco metros y dispara el flash sobre dos chicas que se comen a besos.

El fotógrafo cierra un ojo y gira en horizontales y verticales una enorme cámara que parece el motor de una licuadora Oster. Las chicas en tangas se revuelcan en un sofá al ritmo de un reguetón, ignorándonos con descaro. Grisales, el cámara, graba un video, donde según los cánones del género caben los chispazos del flash. Mientras todos hacen lo suyo sigo recostado sobre una pared de madera intentando algunas frases en la libretica: “Un despecho produce falta de atención, es como estar y no estar a la vez, distraído, fastidiado, mala leche. Lo mejor sería salir a tomar aire. El viento frío de Santa Elena me pega en la cara. 4:30 de la tarde y el cielo está limpio. Recuerdo una frase de Beigbeder: ‘Borrar constituye un duro trabajo. Habrá que vivir muchos momentos hermosos para reemplazar los anteriores’. Este podría ser un ser un gran momento, uno que ayude a reemplazar los anteriores. Pero, lastimosamente, no lo es”.

Alejandro Carmona es el fotógrafo de Sexy Dolls Colombia, la web de prepagos o mejor: de scorts, que me invitó a una sesión de la que sacará material para la página. Las chicas se pagan las fotos del portal. Cinco fotos profesionales cuestan 100 mil, pero Carmona solo cobra 60 mil o 110 mil con video. “Me han ofrecido pago en especie –me dijo en la entrevista–, pero nunca he aceptado”. Me mira y ambos sabemos que es una completa mentira.

El negocio tiene la siguiente mecánica: el cliente navega y se antoja por las fotos. Llama por celular y hace su pedido como si fuera cualquier producto, y deja la dirección. Una vez llega la pelada, debe pagar por adelantado. El servicio más convencional dura noventa minutos. “Somos intermediarios entre cliente y scorts –dijo–. Como somos un canal de de representación no nos hacemos responsables de lo que pueda suceder entre dos adultos”. Entiendo perfectamente: además de fotógrafo, Carmona es un proxeneta.

Los servicios de Sexy Dolls van desde acompañante a fiestas swinger, salidas para fincas y cabalgatas. Eventos empresariales, imagen de producto y strippers para despedidas de solteros o solteras. Es indispensable que tanto usuarios como modelos sean mayo-



res de 18 años. Los servicios van desde 200 mil hasta dos millones de pesos.

Desde el corredor de la cabaña vuelvo donde las chicas. Esa música sigue sonando. Tengo al frente unas morenas con severas curvas y traseros, el sueño de todo hombre, y sin embargo no me gustan. Me siento rígido como un pedazo de hierro bajo la lluvia. Ojalá todo esto acabe rápido, tome las notas que necesito, pueda largarme y no tener que soportar otra conversación con nadie. Por ahora tienes miedo. Sientes el dolorcito permanente en el vientre. El síntoma de la ansiedad y la angustia. Encuentro en el bolsillo las gotas que me recetó la mamá. Se llaman Pased: con avena sativa, valeriana, pasiflora y opio, producidas por el Laboratorio Alemán. Así que con la mejor intención de estabilizarme, voy al baño y me doy un Pased.

Los activos de la empresa son la página web, tres líneas telefónicas, un BlackBerry y un Iphone. De resto es logística y cobro en efectivo. “¿Y pago de impuestos?”, pregunto y Carmona me mira con cara de “no seas pendejo”. En el portal hay 40 mujeres y 7 hombres. Próximamente se incluirá un catálogo de transsexuales. La escasa oferta de hombres es absorbida por dos o tres mujeres adultas. Muy adultas. Y necesitadas... Por eso Édison, el pelado que atendía solo personal femenino, solicitó que modificaran su perfil. Ahora es bisexual y por fin se compró la pinta que hace rato venía aplazando: Adidas y bluyín Diesel.

A Carmona no le gusta que le diga proxeneta, como hace rato le vengo diciendo. “Persona que obtiene beneficios de la prostitución de otra persona”. Dice que su profesión se denomina pimper. Ahora entiendo la canción de Bob Marley, *Pimper’s paradise*. Según Carmona, su negocio concreta entre 20 y 25 servicios por semana. Si en promedio son 300 mil por servicio, las ventas semanales van por el orden de 7.5 millones, es decir 30 millones al mes. El pimper se lleva entre el 20 y el 30 por ciento. ¿Eso es más o menos cuánta plata? Haga cuentas usted. Yo solo tengo cabeza para zamparme otro ron. Ahora suena *Wish you were here* y de nuevo estoy jodido.

Parece que el negocio de Carmona va muy bien, a menos que esté chicanando, como seguro lo hace. No me importa, como tampoco me importa

que tenga un reloj Tissot y un impecable pedicure de guía... de guía espiritual católico y pedofilico. Cuando me habla del margen de utilidad en mi frente aparece un letrero fluorescente: "casposo". Carmona lo lee, se altera y me invita a ver las cifras de entrada a la página. Por semana hay 900 entradas desde Medellín, 400 desde Bogotá y 79 desde Cali. Según me dice, en Medellín hay unas veinte páginas de scorts. Si cada una de ellas tiene al menos cuarenta nenas, eso quiere decir que Medellín tiene unas ochocientas peladas que trabajan en esta categoría. Es un cálculo que hago a la carrera para acabar y cobrar esta crónica lo más pronto posible. En una de las pestañas del portal veo que cuenta con un formulario de inscripciones: "Envíanos tus 5 mejores fotografías -dice-, ganarás mucho dinero".

Lo terrible de una tusa es que no te puedes concentrar en nada. Escribo: "Tienes que inventarte otra rutina. Intentar otras felicidades. Otros motivos, otros sueños. Aceptar el fracaso. Decirle a los amigos: Estoy bien, fue lo mejor. Mentiroso. La verdad es que estás tatuado a fuego. Otra de Beigbeder: "El amor es la única decepción programada, la única desgracia previsible que de seamos repetir".

Guillermo dice: "lo malo es que retocan las fotos". Me dice que quitan estrías, celulitis y tatuajes. No se ven cicatrices, ni lunares, ni pecas y todas las peladas tienen cintura y piernas de reina. "Si estoy pagando es para comer bien rico -dice-, para hacer realidad mis sueños". Copio en la libretica tal cual su ridiculez. La realidad y los sueños son los dos polos más crueles y disímiles. Y sigue hablando: "uno quiere estar con la nena que vio por internet, pero llega un gurre de la calle... el photoshop es lo peor", concluye con la crueldad de todo putaño. Todo esto es una mierda.

En la sala de la cabaña suena un celular. Una de las chicas salta del sofá asustada y corre a buscar el aparato. Es su novio. El cámara reacciona y deja de grabar. Lo mismo Carmona, y todos corren a bajarle el volumen al reguetón. La pelada habla con una ternura creí-

ble. Afirma, se muerde los labios, nos mira, nos pica el ojo y se ríe. Lo despacha en medio minuto, se despide con un "te amo", cuelga, se ríe y vuelve a enredar las piernas con su amiga.

Ahora van en serio y están más agitadas. Parece que la llamadita del novio las ha calentado. Grisales está abatido. Su cordura queda noqueada y ahora es un mono salvaje aullando entre las ramas de un yarumo. Deja de grabar y queda pasmado, mirando con sufrimiento cómo una chica baja por el ombligo y mete su rostro en la boca de la orquídea, haciéndose una corona de piernas, y no lo invitan. En adelante, Grisales tendrá que reconocer que no es un profesional.

Se ha dicho que los hombres deberíamos ver más porno lésbico para aprender la furia y la delicadeza. Tienen razón. Presenciamos los actos de un ser mitológico con dos cabezas en mitad de cuatro piernas que se agitan. Si no lo detengo, el monstruo devorará lo que queda de las chicas. Dame luz, dame movimiento, dame pasión. Aprovechan para tener sus mejores perfiles. El flash pega sobre las pieles. Dame giro, piernas, dame más visitas de clientes en la web. Flash. Flash y Carmona tampoco se contiene, pero al menos avisa "¡Hey, ya! Paren -dice y resopla-. ¡Así no seguimos!". Tuerce el cuello intentando bajar la tensión. Las nenas se ríen pero hacen caso. Las dos trepan sus calzones por los muslos y van al baño a lavarse los dedos.

Lo mejor es ir por otro ron. Este no es un buen momento para pallear el olvido. Estoy aburrido como un hielo. Así estaré hasta que a fuerza de aguante y compañías forzadas descubra que ha pasado más de medio día sin pensar en ella. El resto sigue en lo suyo, pero yo ya tengo suficiente. Empaco, me despido y camino un rato por la carretera hasta salir a la vía Las Palmas. Va otro ron a pico de botella. No quiero llamarla, ni decirle que inventemos otra manera de estar juntos. Una negativa me dejaría abatido. "Para ser feliz hay que haber sido infeliz. El amor solo dura si ambos saben lo que cuesta".



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

DEFENSA NO PEDIDA

No escribió el Sr. Rafael Núñez una letra para nuestro Himno Nacional (ese destino le llegó después). Escribió, en medidos versos alejandrinos, un poema sobre La Guerra de la Independencia. Todas las estrofas aluden a esa guerra, y por eso vemos en él (si lo leemos), los nombres de Bolívar, de Ricaurte, de Nariño, de los lanceros de Los Llanos. Vista desde ese ángulo, su más vilipendiada estrofa adquiere otro sentido. Es esta, claro:

*La virgen sus cabellos arranca en agonía,
Y de su amor viuda los cuelga del ciprés...*

No se trata, como creía mi amigo Mico, de La Virgen María, ni Núñez se la había fumado verde. Se trata de una joven, virgen pero viuda de guerra, porque su novio murió en batalla. Por cierto, el tema aparece luego en un bello poema-canción de Juan José Botero, Carmen la leñadora, y también en una muy vieja y preciosa habanera cubana, El soldado, que cantó como nadie María Teresa Vera. Y lo de arrancarse los cabellos, o al menos mutillarlos, en señal de extremo dolor, es algo que ya sabemos desde la Tragedia Griega. Aconsejo dejar en paz al Sr. Núñez (no se habla aquí de política), mediocre poeta, o malo sin remedio, pero coherente. En todo caso, murió sin saber que su poema se había convertido en ese Himno Nacional que sólo aceptamos amar cuando lo oímos desde el podio.

En cuanto a la música, de Oreste Síndici, es música para un himno, género erizado de peligros. Los dos mejores himnos que conozco son colombianos, el de Valparaíso y el de Aguadas. El tercero podría ser La Marsellesa.

CODA

En la entrega anterior de *Universo Centro*, el ilustre Carlos Díez me hace un guiño de amistad, que agradezco conmovido. Pero lo que ignoran los no amantes de los cómics es que tras ese guiño hay un homenaje a *Little Nemo in Slumberland*, un auténtico clásico del género. Su autor fue Winsor McCay, e invito al curioso lector a que lo localice en alguno de sus buscadores. No se arrepentirá.

CODA 2

Alberto Aguirre fue un maestro consumado de la ironía, que manejaba como muy pocos lo han hecho en este país. Curiosamente, no la prodigaba en sus Cuadros, que suelen ser severos y graníticos, aunque siempre de im placable lucidez. Para ejemplo de lo dicho al comienzo (hay muchos más, por fortuna), se sugiere leer su columna del 3 de agosto de 1983 (*Cuadro*, 2001, Colección Letras Vivas de Medellín, Tragaluz editores).




DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

El Aguirre que casi conozco

por MICO

Ilustración: Elkin Obregón

Conocí a Alberto Aguirre por su columna *Cuadro* en el diario *El Mundo*. Era una columna cimarrona, rebelde, llena de ironía y de ácida crítica a todo lo que fuera poder y dominio.

Personalmente lo conocí cuando fue mi profesor de periodismo de opinión en la Universidad de Antioquia. La clase era a las seis de la mañana y yo siempre llegaba cumplido. Y él más. La clase era muy agradable, llena de su inteligencia y honradez crítica, pero el que hablaba era Aguirre porque los alumnos casi no participaban.

Cuando Aguirre preguntaba: “Y ustedes, ¿qué opinan?”, un silencio incómodo se apoderaba del aula. Entonces, para evitar que él pensara que éramos una manada de miedosos, yo opinaba lo que me llegara a la, todavía un poco dormida, cabeza.

Cierta vez que Aguirre disertaba sobre lo terrible que fue el Holocausto, como se conoce el infame exterminio de seres humanos por parte de Hitler y sus “buenos muchachos”, preguntó

que opinábamos del nazismo. Yo, apenado por el sonoro silencio del salón, opiné que ya estaba bueno de recordar ese episodio, que suficientes películas se habían hecho sobre lo mismo. Y eso que faltaba *La lista de Schindler*.

Aguirre se puso pálido, trastabilló, y con la voz atropellada por la indignación me dijo que yo era un cínico –acertó– y que o me salía del salón o él se iba.

Yo me fui de la clase, y cometí el nunca bien lamentado error de no volver nunca. Cuando el curso se iba a terminar y perdía la materia por inasistencia, le escribí una carta pidiéndole el favor de que me pusiera un tres (las notas eran de 1 a 5 y se ganaba se ganaba con tres “raspado”). Para humillarme me puso 4.5, pero después me enteré de que a todos nos calificó lo mismo.

Ese “cacharro” nos hizo amigos y después almorcé con él tres o cuatro veces, siempre con su musa Aurita López, su parcerca.

De Aguirre me encantaba su conversación llena de sapiencia y anarquía, cuando rajaba de la “raza” antioqueña

y decía que los señores paisas éramos unas señoras de alma, corazón y tripa. Y llegaba muy campante a la conclusión de que nada le había hecho tanto daño a Antioquia como sus dirigentes godos... y liberales.

Por eso podemos decir tranquilamente que Alberto Aguirre pertenece al grupo de los rebeldes antioqueños: María Cano, Fernando González, Porfirio Barba Jacob, Débora Arango, Gonzalo Arango, Fernando Vallejo...

Con Aguirre pasó una cosa muy graciosa: un grupo de amigos, entre quienes sobresalía el caricaturista Elkin Obregón, teníamos una tertulia de la que salió un librito de cuentos titulado *Jueves por la noche*. Sacamos cincuenta ejemplares para los amigos y nos dio por incluir dos textos inventados: prólogo de Borges y Epílogo de Aguirre.

Aguirre (y su “Aura”) fueron de invitados a la presentación del libraco. A los pocos días le dedicó su columna *Cuadro* a nuestro folleto y escribió casi exactamente lo que aparecía en el epílogo apócrifo. Obregón dijo, sin temor a



equivocarse, que era una demostración del cariño que nos tenía.

Aguirre seguramente se fue para el cielo, pero cuando llegó y vio por allá a monseñor Builes y al cardenal López Trujillo, de inmediato pidió traslado para el infierno. ¿Cómo sería *la ira de Dios*?

Para conocer su sentido del humor (por sus chistes los conoceréis), recordemos su respuesta cuando un sobrino le preguntó dónde quería que tiraran sus cenizas: “Haceme un favor, echalas por el inodoro”. UC

Bocas de ceniza por CAMILO JIMÉNEZ

Las cosas de don Vicente

Devaneos alrededor de “objetos que a fuerza de costumbre y de uso terminan por convertirse en seres, a veces más vivos que nosotros: el paraguas, la pluma, el portafolios”. Así presenta don Vicente Quirarte sus *Enseres para sobrevivir en la ciudad*, una colección de prosas luminosas sobre esos artículos y otros más: “El camarada cesto de papeles”, “La camisa del hombre feliz”, “Elogio de la torta”, “En defensa de la solapa”... Busca el autor revolver la costumbre. Dedicarles a las pequeñas cosas palabras escogidas con esmero, bien organizadas y dispuestas con primor en la página escrita. Una primera edición de este libro inaplazable apareció en 1994 en México. Una segunda pocos años después en editorial Norma. Esta tercera llegó hace pocos meses a las librerías con el sello de Luna Libros, una editorial que hace bien las cosas. La edición es bella y cuesta poco, pero vale mucho. Miren si no:

Habrà que desconfiar del niño que conserve su lápiz sin mordeduras, con la goma a salvo del sacrificio. Serà sin duda muy ordenado, escribirà con la mejor caligrafía, preferirá a Descartes sobre Pascal y será sujeto susceptible de ser engañado por su futura esposa.

He aprendido que, como las mujeres, las plumas más finas y hermosas suelen ser infieles; que aquellas a las que más cuidamos, terminan por perderse.

De las cosas que manchan, la tinta tiene el mejor perfume.

Sólo el escritor continúa haciendo tareas —a veces no pedidas— con los mismos instrumentos que en la niñez; sólo él persiste en explorar papelerías con la febril ilusión de la nueva entrada a clases; privilegio exclusivo del escritor es estrenar cuadernos, la sensación de libertad y miedo ante un territorio ilimitado donde las traiciones e infidelidades aún lo acechan.

En la escritura, ese campo de batalla de triunfos escasos, el cesto combate como censor postrero, corrector de estilo, juez definitivo, y cumple sus tareas con humildad y eficiencia. No las cuartillas terminadas sino las arrojadas al cesto, las que se acumulan misericordiosamente, creando la ilusión de que avanzamos, son las que merecen nuestra mayor gratitud.

Vivimos tiempos en que los cestos de papeles agonizan. Se escribe mal y rápido, y no hay tiempo para la exquisitez de borradores o primeras versiones.

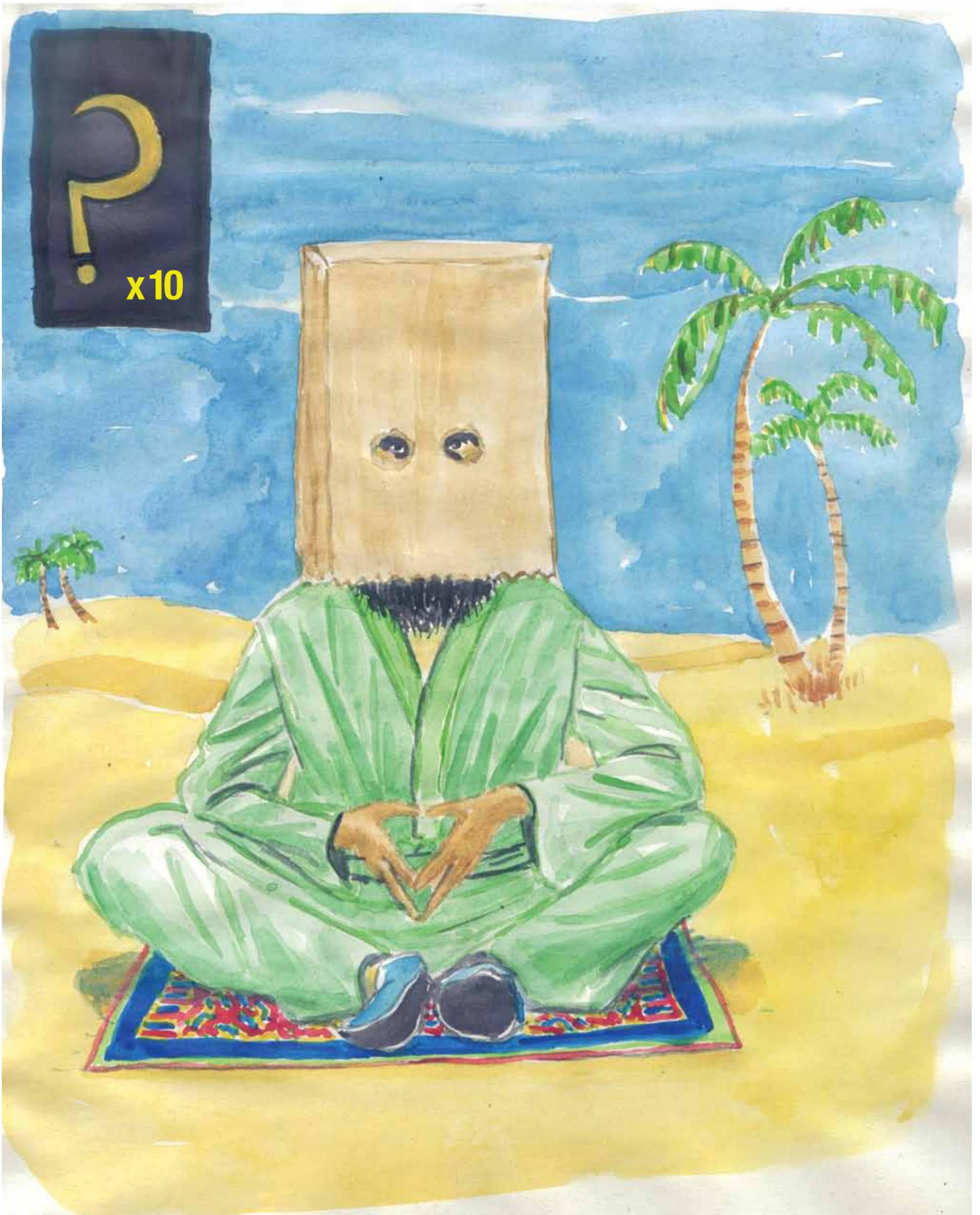


Vicente Quirarte, *Enseres para sobrevivir en la ciudad*, Bogotá, Luna Libros, 2012.

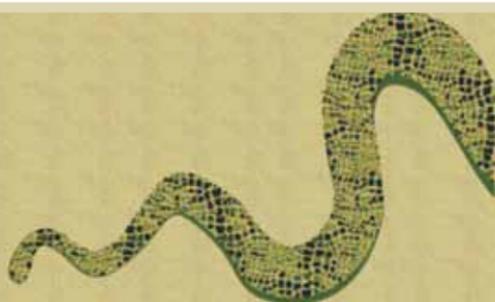
Como el paraguas, las gabardinas que habitan la ciudad de México tienen a lo sumo un periodo de cuatro meses al año. Pero en esa estación nos vuelven a alegrar por superfluas y hermosas, protectoras y amables. Su tacto es generoso, no pican como suéter de lana que al contacto con la lluvia huele al borrego mojado que le dio origen. Son ligeras; se mojan por nosotros y nos guardan; son hermosas: cubren la camisa del soltero quien sólo ha planchado cuello y puños; son heroicas: trincheras o sobretodo, gabardina o impermeable, todos sus nombres revelan su labor de resguardo, su omnipotencia sobre las otras prendas de vestir.

Con las primeras lluvias es preciso ejercitar la memoria, porque ha llegado el tiempo del paraguas; tiempo de hacerlo compañero inseparable; tiempo de aprender a andar de otra manera, como si el instrumento fuera parte de nosotros; tiempo de recordar que cuando abandonamos un sitio no hemos llegado solos, sino acompañados por un murciélago plegable, una sombra portátil.

El placer de entrar a una librería pertenece al cuerpo. Walter Benjamin lo dijo: los libros, como las mujeres, pueden acompañarnos a la cama, pero antes es necesaria una seducción mutua, paciente y refinada. El temblor estético provocado por el libro tiene lugar a través de los sentidos: la vista, que disfruta la simetría y las proporciones; el tacto, que prolonga el placer de la mirada en el sello de agua o en la textura del papel; el olfato, reconecedor del sitio de origen del libro; el oído, que goza del peso y el paso de las hojas; el gusto, cuando identificamos la piel de una encuadernación. UC



La Boa
c a n t i n a
c o n s t r i c t o r



No basta con tener la voz más melodiosa para entonar un tango. No. Hay que sentirlo, además hay que vivir su espíritu.

Carlos Gardel

Calle 53 No 43-59 Maracaibo • Tel. 239-3580

**“El aqua vitae (aguardiente)
reanima el corazón, cura el cólico,
la hidropesía, la parálisis, la
cuartana; calma los dolores de
muela y preserva de la peste”.**

Tratado para la Conservación
de la Juventud.
Arnau de Vilanova 1238-1311
Medico valenciano

**Aguardiente
Antioqueño**
**SIN
AZÚCAR**